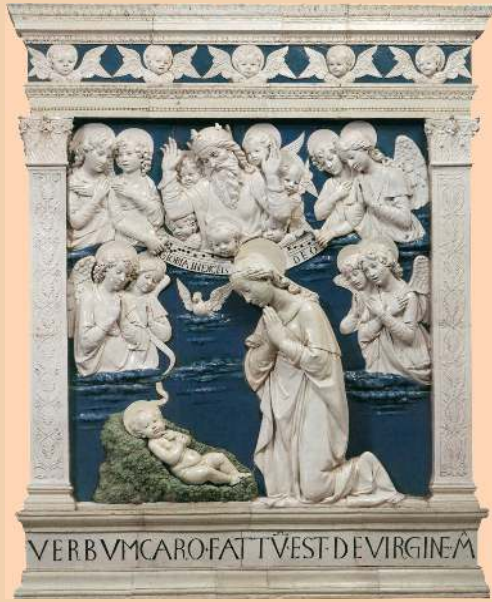


E. NEUBERT



MI IDEAL, JESÚS HIJO DE MARÍA



MI IDEAL

JESÚS HIJO DE MARÍA

Según el espíritu del Padre Chaminade

POR

E. NEUBERT

Marianista

Edición preparada por
NOTICIAS CRISTIANAS

© 2016 by NOTICIAS CRISTIANAS
Ctra. de Vallvidrera al Tibidabo 102-104.
08035 Barcelona

Depósito legal: 5.056-98
Celia Serveis Gràfics
C/ Energ^oa 32
08038 Barcelona

Printed in Spain

LIBRO PRIMERO

EL IDEAL

CAPÍTULO PRIMERO

«Os he dado ejemplo...»

JESÚS:

Hermano mío, amas a mi bendita Madre y eres feliz al amarla. Pero estás muy lejos de amarla como Yo quiero que la ames.

La amas porque el hombre ama lo que es puro y bello, y Ella es el modelo perfecto de pureza y belleza.

La amas porque amamos a quienes son buenos y compasivos, y nadie es tan bueno y compasivo como Ella.

La amas porque la miras como Madre, y todo hijo ama a su madre.

La amas porque conoces la dulzura de su amor y has constatado que con Ella te conservas fácilmente puro y fervoroso.

La amas porque has aprendido de sacerdotes y libros que la devoción hacia Ella es el medio más fácil de asegurar tu salvación y de alcanzar la perfección; y tú quieres salvarte y santificarte.

2.- Buenos son todos estos motivos de amor, pero hay otro mucho más excelente. Con ellos se puede fundamentar una tierna devoción hacia mi Madre; pero no fundamentan la devoción que Yo deseo verte practicar.

La devoción a mi Madre tiene tal grandeza, es tan beneficiosa y nos agrada tanto a mi Madre y a Mí, que no puedes contentarte ni con la medianía, ni con lo bastante bueno, ni aun con lo muy bueno: has de anhelar la mayor perfección.

3.- ¿Sabes cuál es la devoción más perfecta a María? Rebusca en los libros, consulta a los teólogos, interroga a los santos, pregunta su secreto a los mayores siervos de María que la tierra vio jamás nacer: en ninguna parte hallarás devoción más perfecta que la que te enseñaré: la participación en mi propia piedad filial hacia mi Madre.

¿No consiste la perfección para mis discípulos en ser como su Maestro? ¿No les di Yo ejemplo para que obrasen como Yo? ¿No les remitió mi apóstol Pablo que, para ellos, todo está en la imitación de Cristo, en revestirse de Cristo, en tomar las disposiciones de Cristo, en vivir, no ya según su propia vida, sino de la vida de Cristo?

Dime, ¿puedes concebir respecto de mi Madre disposiciones más perfectas que las mías?

EL ALMA FIEL:

¡Oh Jesús, participar en vuestra piedad filial hacia vuestra Madre!, ¡qué perspectiva tan infinitamente cautivadora!... Pero, ¿cómo he de poder yo, pobre pecador, realizar tal ideal? ¿Cómo he de alcanzar ni tan siquiera a comprenderlo?

CAPÍTULO II

Yo soy Hijo de María porque así lo quise.

JESÚS:

Hermano mío, para comprender mi piedad filial hacia mi Madre, comprende en primer lugar, que si soy Hijo de María es porque lo quise ser.

Nada hago por coacción, azar o sin designio.

Cuando decidí venir a reparar la gloria de mi Padre, y salvar a la Humanidad, se abrían ante Mí infinidad de vías; a todas ellas preferí la senda de María.

Libre y deliberadamente creé a María para que fuese mi Madre, pues Ella no hubiera venido a la existencia si no me hubiese Yo propuesto confiarle esta misión; libre y deliberadamente la hice tal cual es, para que luego Ella, a su vez, me hiciese tal cual soy.

Soy, con toda verdad, Hijo suyo, y como los demás hijos, he querido verme formado de la substancia de mi Madre, me he alimentado con su leche, y he querido que Ella me cuidase y me educase, estándole Yo sumiso.

Soy Hijo suyo mucho más que tú eres hijo de tu madre, porque de Ella sola quise Yo tener mi humanidad.

Yo soy Hijo suyo por entero, Dios y hombre, porque Aquél que en Ella se encarnó no constituye más que una sola y única Persona.

2.- Has de saber que si he querido ser su Hijo, por amor lo quise. Por amor a mi Padre, en primer lugar, para así poder glorificarle mejor. Y mi Padre sería comprendido y amado mejor por los hombres gracias a Ella. Luego por amor a mi Madre, que había de darme más gozo que todos los ángeles y todos los hombres juntos. Y, después, también por amor a los hombres..., por amor a ti, mi queridísimo hermano.

CAPÍTULO III

Contempla y admira.

JESÚS:

Contempla ahora lo que mi amor filial me ha inspirado hacia mi Madre.

Desde toda la eternidad Yo pienso en Ella y la amo, porque desde toda la eternidad veo en Ella a mi futura Madre.

En Ella pienso al crear los cielos con los ángeles; en Ella pienso al formar la tierra y crear a los hombres.

En Ella pienso al pronunciar la sentencia contra tus primeros padres; en Ella pienso al revelarme a los patriarcas y profetas.

2.- Por amor a Ella la colmo de tantos privilegios, que cada uno de ellos supera en mucho cuanto hice por todas las demás criaturas. En favor suyo suspendo las leyes a que están sometidos todos los demás humanos: a Ella, y sólo a Ella, la hago inmaculada en su concepción, libre de toda concupiscencia, exenta de toda imperfección, más llena de gracia que todos los ángeles y santos. Madre de Dios y siempre Virgen, glorificada en su cuerpo, como Yo mismo, antes de la resurrección.

3.- Habiendo venido a la tierra para redimir el linaje humano, treinta años de mi vida se los doy plenamente a María, y sólo tres al resto de la humanidad.

4.- Y no contento con hacerla partícipe de mis privilegios y de mi intimidad: Yo he querido que compartiera la misión misma que mi Padre me había confiado. Redentor Yo, resolví que Ella fuese Corredentora conmigo y que cuantos méritos adquiriese Yo en estricta justicia, para la salvación del mundo, los mereciera Ella por su propia conveniencia.

5.- Hasta en el mismo cielo he querido que me esté asociada; así como Yo soy Mediador ante el Padre, he querido que Ella sea Mediadora ante Mí para distribuir a los hombres todas las gracias que contribuyó a ganar conmigo para ellos. Porque en el cielo, lo mismo que en la tierra, sigo siendo su Hijo, y me tengo por infinitamente dichoso al recompensarla por cuanto Ella hizo y sufrió por amor a Mí.

6.- Escucha, hay más todavía: Yo vivo en la Iglesia, mi Cuerpo místico, dirigida por mi espíritu. Lo que hace

mi Iglesia soy Yo mismo quien lo hace: lo que la Iglesia hace por mi Madre, soy Yo quien lo hago por Ella. Medita cuánta veneración y amor le ha atestiguado la Iglesia: en defensa y proclamación de sus privilegios; en la institución de fiestas y devociones en su honor; en la aprobación de cofradías y asociaciones religiosas destinadas a servirle. Contempla la piedad de sus hijos: de los santos, todos ellos tan devotos de mi Madre; de las almas fervorosas, impulsadas cada vez más a nimbarla de un culto especialísimo; hasta de los simples fieles, tan celosos por el honor de María, tan perspicaces -a veces, más aún que los sabios- para reconocer sus privilegios, tan entusiastas cuando se trata de darle pruebas de particular afecto. ¿Qué es todo esto sino una manifestación grandiosa, y con todo muy débil todavía, de mi incomparable amor filial hacia mi Madre?

Y a lo que la Iglesia militante ha hecho y hará por María hasta el fin de los tiempos, añade lo que la Iglesia triunfante hace por Ella por toda la eternidad; porque Yo vivo más intensamente en los santos del cielo que en los fieles de la tierra. Imagínate los sentimientos de agradecimiento, de respeto y de amor que los bienaventurados prodigan sin interrupción a su Reina y Madre, a quien deben su eterna felicidad. En ellos y por ellos, siempre soy Yo quien honra y ama a mi Madre.

7.- Examina todas estas pruebas de mi piedad filial, péntralas, profundízalas, comprende en cuanto te sea posible, y percátate de que lo que no puedes comprender sobrepasa infinitamente a cuanto jamás pudieras comprender..., y luego considera qué es este infinito amor filial al que Yo quiero asociarte...

EL ALMA FIEL:

¡Oh Jesús!, al sentirme en otro tiempo tan feliz amando a vuestra Madre, creía vislumbrar la inmensidad de vuestro amor hacia Ella. Ahora me doy cuenta de que este amor sobrepaja incomparablemente a cuanto me había imaginado. Contemplar y admirar tu amor a María será, con toda seguridad, una de nuestras mayores alegrías en el cielo. Toda una eternidad sin abarcar jamás sus límites... Pero ¿cómo podría yo reproducir en mí un amor tan grande como el tuyo?

CAPÍTULO IV

Mi Madre es tu Madre.

JESÚS:

Hermano mío, no puedes tú reproducir mi amor filial hacia María si, como Yo, no eres hijo suyo. ¿Sabes hasta qué punto eres en verdad hijo de María?

Todos los fieles creen saberlo, pues todos nombran a María Madre suya. Y tristemente es muy imperfecta la idea que la mayoría tienen de su maternidad hacia ellos.

Muchos aman a María *como* si fuese su Madre. ¿Qué te contestaría aquélla que te dio el ser si le dijeras: «Te quiero como si fueras mi madre»?

Muchos creen que María es su Madre únicamente en virtud de aquellas palabras que pronuncié antes de expirar, cuando al ver al pie de mi cruz a mi Madre, y junto a Ella a mi discípulo predilecto, dije a María: «Mujer, he ahí a tu hijo»; y a Juan: «He ahí a tu Madre.»

Bien hubiera podido mi palabra confiar a María una misión maternal y crear en Ella disposiciones semejantes a las de una madre; pero si su maternidad sólo hubiera dependido de esa palabra, no habría sido más que una maternidad de mera adopción. Ahora bien, conviene que

comprendas que María es tu *verdadera* Madre en el orden sobrenatural, de igual manera que la mujer que te trajo al mundo es tu verdadera madre en el orden de la naturaleza.

2.- La madre es la mujer que da la vida. María te ha dado la vida, la vida por excelencia.

Ella te la dio en Nazareth y en el Calvario y te la da en tu bautismo.

En Nazareth, te concibió a ti al concebirme a Mí.

Sabía Ella que, respondiendo a Gabriel *sí o no*, te daría la vida o te dejaría en el seno de la muerte. Pronunció el *sí* para que vivas. Al consentir en darme vida humana, consentía en darte a ti la vida divina. Al hacerse Madre mía se hacía también Madre tuya. Desde aquella hora, en los designios de Dios y en sus propios designios -pues Ella avistaba los designios de Dios, y daba con toda su alma su plena adhesión a ellos-, Tú pasaste a formar parte de mi Cuerpo místico. Yo, cabeza; tú, uno de los miembros. Juntos, aunque de distinto modo, María nos llevaba a ambos en su seno materno, porque los miembros son inseparables de la cabeza.

3.- En el Calvario, te dio a luz al ofrecirme a Mí en sacrificio por ti.

Sólo en el Gólgota se consumó tu liberación del pecado y de la muerte. Allí acabé Yo la «destrucción de quien detentaba el imperio de la muerte», y te merecí con mi muerte la gracia de vivir de mi vida. En unión con María pude Yo llevar a cabo esta obra. Ella me había concebido para ser víctima; me había alimentado y educado con la mira puesta en el sacrificio; y en el momento supremo me ofreció al Padre por tu salvación, aceptando la renuncia en tu favor de sus derechos maternales sobre Mí. Y Ella que, siempre virgen, fue impregnada de gozo en el nacimiento de su Primogénito, tuvo que darte a luz a ti y a tus hermanos en el más angustioso de los dolores.

4.- En aquel momento se consumaba su maternidad contigo. Y por eso quise proclamar en aquel momento esa maternidad confiando a María a los cuidados de Juan, y a Juan a los de María. No era mi palabra la que entonces creaba esta maternidad, sino que la atestiguaba, la confirmaba y la completaba en la hora más solemne de mi vida, en la hora en que mi Madre, hecha ya plenamente Madre tuya, comprendía a la perfección su misión maternal.

5.- En tu bautismo, María te da la vida, no ya sólo de derecho como en el Calvario, sino de hecho. Tu madre natural al darte el ser, puso en el mundo un niño muerto. Para que obtuvieras la vida era preciso que la gracia santificante te fuera infundida en la fuente bautismal.

María es quien te consiguió esa gracia santificante. Sin Ella jamás se otorga gracia alguna. Cuando, de «hijo de ira» quedaste convertido en «hijo de Dios», fue María quien te alumbró a la vida divina.

6.- ¿Entiendes ahora cómo María al hacerte partícipe de la vida de Dios, es con toda verdad Madre tuya en el orden sobrenatural, no diferente de como es verdaderamente tu madre en el orden natural la que te dio la vida humana?

Más lo es Ella aún.

Mucho más por el modo con que te infunde la vida.

Para darte a luz, ofreció incomparablemente más que tu madre terrestre: inenarrables dolores y la vida de Aquél a quien amaba infinitamente más que a su propia vida.

Ella sigue ocupándose de ti durante todo el curso de tu existencia, mientras que las madres de la tierra, sólo cuidan de sus hijos hasta que son mayores. Tú serás siempre «su hijito, al que alumbró de nuevo hasta que Cristo se forme en ti». Y si, por desgracia, perdieras la vida sobrenatural, María muy al revés de las madres terrestres, que lloran impotentes sobre el cadáver de su

hijo, puede devolverte a la vida cuantas veces estuvieras privado de ella.

¡Tan imperfecto te ves y tan ingrato!, pero Ella te ama con un amor que supera en intensidad y pureza al amor que todas las madres juntas pueden tener hacia sus hijos.

Te ha comunicado, no una vida efímera como tu vida terrestre, sino una vida sin fin; no una vida entrecortada de imperfecciones y de angustias, como la vida presente, sino una vida incomparablemente feliz; no una vida creada, humana o angelical, sino -y compréndelo bien- una participación a la vida increada, a la misma vida de Dios, a la vida de la Santísima Trinidad. Por eso, esta vida no tendrá fin y será incomparablemente feliz, porque participa de la eternidad y de la bienaventuranza de Dios. ¿Qué maternidad humana puede compararse con esta maternidad de María?

Pues bien, María es tu verdadera Madre, y Madre tan perfecta, porque es mi Madre.

Y tú eres mi hermano, mi hermano infinitamente querido, porque mi Padre es Padre tuyo y mi Madre es Madre tuya.

EL ALMA FIEL:

No, Jesús; no sabía yo hasta qué punto era María mi Madre. ¡Cada palabra tuya me la acerca! En verdad tu Madre es mi Madre y yo soy su hijo. Gracias, Jesús, por este don de dones.

CAPÍTULO V

**Amas a María; pero ya no eres tú quien la ama,
Yo soy quien la ama en ti.**

JESÚS:

Hermano mío, ya que mi vida es tu vida y mi Madre es tu Madre, te es fácil imitar mi amor filial hacia Ella.

Pero no has de imitarme como el discípulo imita al maestro, o el cristiano imita en la tierra a su celestial patrono. Soy más que un modelo; soy para ti un principio interno de vida.

2.- Vives por mí. Mis disposiciones han de pasar a ser las tuyas.

Yo soy la vid, tú eres un sarmiento: la misma savia circula por la vid y por sus sarmientos.

Yo soy la cabeza, tú eres un miembro de mi cuerpo místico: la misma sangre corre por la cabeza y por los miembros.

Cuando tú eres puro, soy Yo quien es puro en ti; cuando tú eres paciente, soy Yo paciente en ti; cuando practicas la caridad, soy Yo quien la practica en ti; tú vives, pero ya no eres tú quien vive, soy Yo quien vive en ti; tú amas a mi Madre; no, ya no eres tú quien la ama, soy Yo quien la ama en ti.

¿Comprendes ahora por qué te sientes tan feliz al amar a María? Soy Yo quien en ti me siento feliz al amarla.

3.-Participas de mi vida; pero mi vida está lejos de ser perfecta en ti. Si lo fuera, pensarías, sentirías, querrías y obrarías como Yo, siempre y en todo.

Demasiados obstáculos estorban la libre expansión de mi actividad en tu alma. Me encuentro viviendo en ella como un prisionero en su celda.

Conviene que remuevas esos obstáculos; has de llegar, por tus esfuerzos generosos, a pensar mis pensamientos, a querer mis voluntades. Tienes que completar lo que te falta de mi vida.

Participas de mi amor filial hacia mi Madre, pero estás muy lejos de tener con Ella un amor perfecto.

Tienes que completar lo que en ti falta de mi amor a María, mi Madre.

4.- ¿Comienzas ya a entrever lo que me esfuerzo por revelarte en relación con tu devoción a María?

Se trata de que ames a mi Madre porque Yo la amo; de que la ames como Yo la amo; de que la ames con el mismo amor con que Yo la amo...

EL ALMA FIEL:

Oh Jesu dulcis, o Jesu pie,

O Jesu fili Mariae! (1).

(1) ¡Oh dulce Jesús!, ¡oh Jesús piadoso!,
¡oh Jesús, Hijo de María!

LIBRO SEGUNDO

LAS EXIGENCIAS DEL IDEAL

JESÚS:

Hermano mío, te he puesto de manifiesto el ideal; ahora voy a revelarte sus exigencias.

Hasta aquí me has seguido con alegría. Sígueme en adelante, con gozo también, pero sobre todo con amor y generosidad.

Ya no es tan sólo cuestión de contemplar y admirar tu Modelo, sino de reproducir sus rasgos.

Voy a indicártelos uno a uno. Mas no podrás reproducirlos sino muy imperfectamente, a menos que sepas renunciar y amar.

CAPÍTULO I

Entrégate, como Yo, sin reservas a mi Madre

JESÚS:

Hermano mío, al hacerme Hijo de María, me entregué por entero a Ella.

Creador y soberano Señor de todas las cosas, quise, por amor, pertenecer a María y depender de Ella; y quise pertenecerle por los lazos más íntimos que pueden existir, los fundados en la misma naturaleza y que nada puede deshacer.

Desde toda la eternidad, escogí esta pertenencia y dependencia filial, y, desde el primer instante de mi encarnación en el seno de María, ratifiqué por mi voluntad

humana este decreto de mi eterno amor y puse en él una inefable complacencia.

Hijo de una Virgen, pertencí a mi Madre como ningún otro hijo pertenece a la suya; he querido perpetuar este estado de dependencia total, como ningún otro hijo puede hacer.

No abandoné a mi Madre a la manera de los hijos que van a fundar una familia; permanecí junto a Ella hasta el momento fijado para el cumplimiento de mi misión pública, y, como mi Madre no ha tenido jamás otra voluntad que la de mi Padre, también entonces y en el Sacrificio Supremo, mi conformidad de voluntad con la suya fue total y perfecta.

Más aún: en el mismo cielo me acuerdo y me acordaré siempre de que soy su Hijo; y, aun cuando soy Yo quien reina y manda allí, acataré eternamente y con perfecto amor filial todos sus deseos de Madre.

2.-Sigue mi ejemplo y entrégate a mi Madre por entero, sin reservas y por siempre en calidad de hijo muy amado.

Entrégale tu cuerpo con todos sus sentidos y tu alma con todas sus potencias. Entrégale todos tus bienes materiales y espirituales, naturales y sobrenaturales. Entrégale cuanto eres y cuanto puedes ser, cuanto tienes y cuanto puedes tener, cuanto haces y cuanto puedes hacer. Que no haya ni en ti ni fuera de ti nada que no le pertenezca ya.

3.-No te contentes con entregarte para ser una *cosa* de María; quiere Ella servirse de ti, no como de un objeto inerte, sino como de un hijo querido que ayuda a su Madre. Porque -y Ella te lo revelará más tarde- Yo le confíe una gran misión en el mundo, y para cumplir esta misión, quiere tener necesidad de ti.

4.-Haz donación pura y gratuita de ti, sin idea de resarcirte.

Nada por interés; no para obtener ventajas, ni por el consuelo que experimentas al entregarte, sino por puro amor filial, como Yo mismo me entregué a Ella.

Sentirás consuelos, pero también encontrarás penas: no pienses en los unos ni en las otras, son de cuenta y cargo de tu Madre. Tú no pienses más que en entregarte por entero y por amor.

5.- Hazte donación para siempre.

Numerosos son los que en un momento de fervor han prometido dárselo todo a mi Madre; mas son casi otros tantos los que, después de haberlo dado todo en bloque, lo van recuperando otra vez, detalle tras detalle.

En las horas de prueba, cuando su donación total exigía sacrificios, dijeron: «Dura es esta palabra; ¿quién puede escucharla?»; y ya no quisieron seguir por la senda de su consagración total.

¿Harás tú como ellos? hay que ser a veces un héroe para vivir en total pertenencia a María, porque es preciso caminar con mi Madre hasta la cumbre del Calvario. ¿Te sientes capaz de tal heroísmo?

6.- Toma la costumbre de renovar con frecuencia tu consagración a tu Madre celestial.

Renuévala al despertarte, para que toda tu jornada pertenezca a tu Madre.

Renuévala cuando me recibes en la Sagrada Comunión. En ese momento, cuando no formas más que un solo ser conmigo, vuelve a entregarte a mi Madre como hijo suyo muy amado.

Renuévala a las tres de la tarde, en memoria de aquella hora solemne en que María me ofreció en sacrificio, te dio el ser y me oyó decir: «Mujer, he ahí a tu hijo».

Renuévala antes de tus principales acciones, para recordar que no has de obrar para ti, sino únicamente para Ella.

Renuévala especialmente en las contrariedades de tu vida. Dile entonces: «¡Oh Madre, cuando en el entusiasmo de mi amor filial, me entregué a ti, no preveía este sacrificio. Mas era mi intención entregarme a ti por entero, y no quiero retractar mi donación. Acepto cuanto quieras, porque tú lo quieres, cuéstemelo lo que me cueste!»

7.- ¿Quieres llegar a ser generoso hasta el punto de vivir plenamente de tu donación? No te detengas a medir el sacrificio: mírame y mira a tu Madre. El amor te estimulará y la gracia te sostendrá. Y si notas que tus fuerzas flaquean, reza. ¿Cómo podría tu Madre dejar de socorrer al hijo que la invoca para permanecerle fiel? ¿No te dará tu Hermano mayor la fuerza para avanzar tras el Ideal a que Él mismo te llamó?

EL ALMA FIEL:

Todo tuyo soy, Madre mía, y todo cuanto me pertenece tuyo es también. Nada tengo. Uso de lo prestado.

CAPÍTULO II

Como Yo, ama a mi Madre

a) *¿Por qué?*

JESÚS:

Hermano mío, el amor me hizo Hijo de María. En mis relaciones con mi Madre, todo lo explica el amor. ¿Quieres comprender mi piedad filial hacia Ella? Comprende, ante todo, mi amor a Ella.

¡Oh cómo deseo traspasar a tu corazón un poco del amor a mi Madre que arde en el mío! Esfuérzate por tornarte puro, humilde, generoso, para que Yo pueda derramar en ti toda la abundancia de mi amor filial.

2.-Repasa, en el silencio de la oración, lo que has vislumbrado de mi amor a María: cómo la escogí desde toda la eternidad y la colmé de privilegios; cómo viví en su intimidad y la asocié a mi misión; cómo la amo y la amaré por siempre jamás por medio de los santos y de toda la Iglesia de la tierra y del cielo.

3.-Luego, penetrando más al fondo de mi Corazón, medita los motivos que me impulsan a amarla tanto.

La amé y la amo porque es mi Madre, una Madre de belleza y perfección fascinadoras; una Madre que con la menor de sus palabras, con la menor de sus miradas, me llena de mayor alegría que la que me pudieran dar juntos todos los santos con sus actos heroicos; Ella me ama con un amor superior a todos los amores con que me aman los ángeles y los bienaventurados; Madre que vive sólo para Mí, y que acepta por Mí gustosa el martirio más angustioso que jamás sufrió una criatura.

4.-La he amado porque me ayudó a realizar la misión que mi Padre me había confiado.

Porque Ella me dio la naturaleza humana para que pudiese predicar la Buena Nueva a los hombres y morir por ellos.

Porque en esta misión Ella se unió a Mí por su voluntad, por sus súplicas, sus inmolaciones, y por su presencia al pie de mi cruz.

Porque hasta el fin de los tiempos Ella trabajará por la conversión de los pecadores, por la santificación de los elegidos y por atraer las almas hacia Mí.

Porque es Ella misma el gran triunfo de mi misión redentora; al redimirla de un modo tan perfecto, realicé una obra mayor que al rescatar a todos los demás hombres.

5.-La amé y la amo porque gracias a Ella he podido ofrecer al Padre una adoración, reparación y gloria de

infinito valor que no hubiera podido tributarle sin la humanidad que Ella me dio; porque se unió a Mí en mis homenajes al Padre, y le adoró, veneró y amó como no lo será nunca por todos los santos y ángeles reunidos. Por Ella los hombres llegarán a comprender mejor a mi Padre y a amarle como verdaderos hijos.

6.-No ceses de meditar la inmensidad de mi amor hacia mi Madre: nunca abarcarás sus límites, ni siquiera en la eternidad.

Al meditarlos, colócate en mi puesto, conviértete en Jesús, Hijo primogénito de María, esfuérzate por sentir lo que Yo mismo sentí, ya que en definitiva mi vida es tu vida.

7.-Considera luego el amor especial que María te tiene.

Te ama porque Yo te amé hasta el punto de morir por ti y porque mis amores son sus amores.

Te ama porque la hice Madre tuya y toda madre es amor.

Te ama porque todas las madres aman con predilección a los hijos que más les costaron, y tú le costaste indecibles sufrimientos.

Te ama porque, para alumbrarte a la vida, tuvo que ofrecerme a la muerte.

Te ama porque no eres más que una misma cosa conmigo y porque al amarte Ella me demuestra el amor que me tiene.

EL ALMA FIEL:

¡Oh Jesús mío! amaba a María cuando solamente entreveía lo que Ella era para mí. Pero ahora que empiezo a comprender la realidad de su maternidad hacia mí, vuestro amor hacia Ella y su amor hacia mí, ¿podría yo dejar de amarla con todas las potencias de mi alma?

CAPÍTULO III

Como Yo, ama a mi Madre

b) ¿Cómo?

JESÚS:

Hijo mío, ¿amas de verdad a la que Yo amo tanto y que te ama tanto?

Así lo crees, pues te gozas al hablarle y te entusiasma cantarle. Mas, en la tierra, el amor no se halla tanto en el regocijo y en la alegría como en el trabajo y el sufrimiento.

2.-Si amas a María, querrás trabajar por Ella.

Serás feliz al darle tu actividad, tu tiempo, tus molestias. Ninguna labor te será demasiado penosa si es por su gloria; ninguna empresa te parecerá imposible cuando se trate de promover sus intereses.

El día en que te parezca que una misión mariana sobrepasa tus fuerzas, confiesa que has dejado de amar a María.

Piensa que mi Madre te tiene ya reservada una misión, una misión muy noble y con momentos muy difíciles.

3.-Si amas a María, querrás sufrir por Ella.

Si cuando tienes que sufrir por ella, no lo haces, es que no la amas ni la has amado: tan sólo te has amado a ti mismo en los consuelos que Ella te otorgó.

No rehúses sufrir: rehusarías amar.

No te contentes con aceptar el sufrimiento, ámalo; ¿no te considerarás feliz al poder amarla más?

4.-Para aumentar de continuo tu amor, usa los cuatro medios que voy a indicarte:

a) Esfuérzate por hacer, con el mayor amor posible, la multitud de los pequeños esfuerzos y sacrificios de la

vida cotidiana. Si jamás dices *no* a tu Madre en las cosas menudas, tampoco le dirás *no* en las mayores.

b) No ceses de estudiar a tu Madre.

Aprende en los libros cuanto puedas acerca de sus grandezas, de su misión, de su vida y de la vida de quienes la amaron y sirvieron. Y reflexiona después sobre lo que hayas aprendido.

Jamás acabarás de estudiarla, porque jamás acabarás de comprender lo que Yo he hecho por Ella y lo que Ella ha hecho por Mí y por ti.

c) Vive en constante unión con Ella.

No podrás vivir en su intimidad sin hallarla de día en día más amable y sin amarla cada día más. Más adelante te explicaré como, siguiendo mis huellas, podrás permanecer unido a Ella sin cesar.

d) Finalmente, pídemela la gracia de amarla y de crecer sin cesar en su amor.

El amor de mi Madre es una gran gracia para los escogidos. Se obtiene por la oración: pídelas y las recibirás.

Pídelas confiada, ya que esta gracia no puede menos de estar conforme con mis designios.

Dudar sería una blasfemia contra Mí y mi Madre; sería suponer que puedo querer que no la ames.

¿No soy Yo quien te ha inspirado este mismo deseo de amarla? ¿Te lo hubiera inspirado si no quisiera satisfacerlo?

Pídelas cada día esta gracia.

Pídelas sobre todo, cuando Yo venga a ti en la unión eucarística.

Allí vengo a ti como Hijo de María, con esta humanidad que de Ella recibí y por la que te hago partícipe de mi divinidad.

«Quien me come, vivirá por Mí.» Amar a mi Madre con el amor con que Yo la amo, ¿no es vivir por Mí?

En la Comunión Yo hago pasar de mi Corazón al tuyo el amor de mi Madre. No vives tú ya, sino que soy Yo

quien vive en ti; y no eres tú ya quien ama a María, sino que soy Yo quien la ama en ti.

Hasta hoy, apenas me has pedido esta gracia: pídelas y la recibirás, para que tu alegría sea perfecta.

EL ALMA FIEL:

Oh buen Jesús, por el amor con que amáis a vuestra Madre, otorgadme, os lo suplico, que la ame, como verdaderamente la amáis Vos y queréis que se la ame.

CAPÍTULO IV

Como Yo, obedece a mi Madre

JESÚS:

Hermano mío, ¿quieres, a ejemplo mío, mostrar tu amor a mi Madre? Séle obediente como Yo.

De niño, me dejé guiar por Ella a su gusto; me dejé colocar en el pesebre, llevar en sus brazos, amamantar, fajar, trasladar a Jerusalén, a Egipto, a Nazareth.

Después, en cuanto tuve fuerzas, puse empeño en ejecutar sus deseos, más aún, en adivinarlos y prevenirlos.

Después de haber causado admiración a los doctores del Templo, volví a Nazareth con Ella, y allí le estuve sumiso.

Permanecí a su lado hasta los treinta años, deferente siempre a sus menores deseos.

2.-Hallaba un placer inefable en obedecerla. Con mi obediencia la recompensaba por cuanto Ella hacía por Mí, y sobre todo por lo que algún día tendría que sufrir por Mí.

3.-La obedecía con sencillez: aunque era su Dios, era también su Hijo; Ella era mi Madre y la representante de mi Padre.

Y con toda sencillez Ella me mandaba y me dirigía, inefablemente dichosa al verme atento a sus más insignificantes deseos.

¿Quieres renovarle esa dicha? Obedécela como Yo la obedecí.

4.-Mi Madre tiene órdenes para darte. En primer lugar, te manda por la voz del deber.

Hay quienes ponen la devoción a María en las imágenes y en las estatuas, en los cirios y en las flores; otros, en las fórmulas de oraciones y en cánticos; algunos, en sentimientos de ternura y de entusiasmo; aquellos, en prácticas y sacrificios de supererogación.

Otros creen amarla mucho porque se complacen en hablar de Ella o porque en su imaginación, se ven llevando a cabo grandes cosas por Ella, o porque se esfuerzan por pensar de continuo en Ella.

Buenas son todas estas cosas, pero no son lo esencial.

«No son los que dicen: ¡Señor! ¡Señor! los que entrarán en el reino de los cielos; sino quien cumple la voluntad de mi Padre celestial, ése entrará en el reino de los cielos».

Y no son los que dicen: «¡Madre! ¡Madre!» los verdaderos hijos de María, sino los que cumplen siempre su voluntad.

Pues bien, María no tiene más voluntad que Yo, y mi voluntad sobre ti es el cumplimiento de tu deber.

5.-Esfuérzate, pues, ante todo, por cumplir con tu deber, y por cumplirlo por amor a Ella: tu deber, ya sea grande o pequeño, fácil o penoso, interesante o monótono, brillante u oscuro.

Por agradecer a María, sé más dócil a tus superiores, más amable con tus iguales, más dulce con tus inferiores, más atento con todos. Sé más puntual en tu obediencia, más responsable en tu trabajo, más paciente en tus pruebas.

6.-Pero realiza todo esto con el máximo amor y con la sonrisa en los labios.

Sonríe cuando el trabajo sea más duro, a tus prosaicas ocupaciones, a la monótona sucesión de tus obligaciones; o por mejor decir, sonríe a tu Madre que te pide cumplas con tu deber con decisión para probarle tu amor.

7.-Resulta fácil descubrir la voluntad de María en lo que Dios manda, pero ¡cuánto cuesta descubrirla en lo que Él permite!

Pues piensa que el Dios del Amor nada permite si no es por amor, y hace cooperar siempre a María en sus designios de amor sobre los hombres.

Por tanto, cuando las cosas y en especial los hombres te hagan sufrir, no mires qué cosas son ni de qué hombres vienen. Mira a tu Madre que, tras el sufrimiento, busca purificarte y hacerte feliz. Dile: «He aquí el hijo de la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra».

8.-María te envía aún otras indicaciones de su voluntad: las inspiraciones de la gracia.

Toda gracia te viene por su mediación.

Cuando la gracia solicita de ti que renuncies a tal placer, que reprimas tal tendencia, que repares tal falta o descuido, que practiques tal acto de virtud, María es quien con dulzura, amorosamente, te manifiesta sus deseos.

Te espantan a veces las exigencias de estas inspiraciones. No temas, tu Madre es quien te habla; tu Madre, que no busca más que tu felicidad.

Reconoce su voz, confía en su amor, y responde con un *sí* a todo lo que te pida.

9.-Tienes aún otro modo de practicar la obediencia a María: realizar la misión especial que Ella quiere confiarte. Mantente pronto, afable y diligente.

EL ALMA FIEL:

Oh Jesús, empiezo a comprender que mi programa de vida consistirá en la práctica de lo que el Espíritu Santo dijo de Ti:

«Les estaba sumiso.»

CAPÍTULO V

Como Yo, honra a mi Madre

JESÚS:

Hermano mío, Yo soy el Dios ante quien los ángeles cubren sus rostros y a quien reverencian temblorosos. Sin embargo, con humildad he honrado a María; pues, aun cuando soy Dios, soy su Hijo.

Yo promulgué el mandamiento: «Honra a tu padre y a tu madre». ¿Cómo podría dejar de observarlo Yo mismo en toda su perfección?

2.-Honré a María porque es mi Madre, una Madre, sobre toda ponderación, santa y augusta, representante de mi Padre celestial. Concibe, si puedes, el respeto a la par profundo y tierno con que Yo, niño, adolescente, y hombre, la saludaba y me comportaba en su presencia, la escuchaba, le hablaba, y ejecutaba todos sus deseos.

¡Cuán feliz la veía con mis muestras de deferencia, que Ella aceptaba con toda sencillez porque tal era la voluntad del Padre, mientras repetía en su interior: «Ha mirado la bajeza de su esclava, y ha exaltado a los que nada son»!

3.-Para honrarla he hecho mucho más que lo que representan estas atenciones.

¿No ha sido por veneración a mi Madre por lo que la he eximido de la ley del pecado original, preservado de la concupiscencia, rodeado de tales auxilios que jamás el más ligero soplo empañó la pureza de su alma?

¿No ha sido por un sentimiento de infinito respeto por lo que he querido preservar la integridad de su cuerpo en mi concepción y en mi nacimiento, y trasladar al cielo este cuerpo virginal antes de que la corrupción de la tumba pudiera tocarlo?

¿No ha sido por exaltar más a mi Madre por lo que la colmé, desde su Inmaculada Concepción, de una sobrea-bundancia de gracia superior a la de todas las criaturas reunidas, la asocié a mi misión redentora y la coroné Reina del cielo y de la tierra?

Y -como ya te lo he dicho- ¿qué son sino una realización parcial de mi deseo de honrar a mi Madre, todas esas demostraciones de honor que, por la grave voz de sus pastores o por la del pueblo entusiasmado, no cesa de multiplicar la Iglesia de siglo en siglo y ha de multiplicar aún más en los siglos venideros?

4.-Ella un día, bajo la inspiración de mi Espíritu, exclamó: «He aquí que todas las generaciones me llamarán bienaventurada.» Su profecía se ha de cumplir; en toda la tierra ha de santificarse el nombre de mi Padre y glorificar el nombre de mi Madre.

5.-Para honrar a María como Yo la honré y quiero que sea honrada, empieza por comprenderla mejor.

No ceses de contemplar su dignidad, sus privilegios, su perfección, su misión.

Después humíllate en tu nada y en tu miseria: cuanto más pequeño te hagas, más apto serás para comprender la grandeza de mi Madre.

Sobre todo, da cabida en tu alma a las disposiciones de mi alma: mira a María con mis ojos, admírala con mi espíritu, alégrate de su belleza con mi corazón.

CAPÍTULO VI

Como Yo, parécete a mi Madre

JESÚS:

Hermano mío, los hijos se parecen a su madre. Yo me asemejé a la mía más que ningún hijo a la suya.

Nacido de Ella sola, los rasgos de mi rostro, mi mirada, mi seriedad, mis gestos, mi andar, todo mi exterior recordaba a mi Madre virginal: quien me veía, me reconocía al punto como Hijo de María.

Y más todavía que los rasgos de nuestras fisonomías, se parecían nuestras almas.

Mi Padre había moldeado a María a mi imagen, para que luego, como una verdadera Madre, me formase a la suya. Y por un constante empeño en observarme, en meditar en su alma cuanto Yo hacía o decía, reproducía todas mis disposiciones con incomparable perfección. Por eso teníamos en todo los mismos pensamientos, los mismos sentimientos, la misma voluntad. Su alma había pasado a Mí y mi alma a Ella.

2.-Esfuérzate por parecerte a mi Madre, como Yo me asemejé a Ella.

Aseméjate en tu exterior por tu modestia. Que al verte se experimente algo de aquel respeto, de aquel recogimiento que difundía la presencia de mi Madre.

3.-Aseméjate, sobre todo, por tu interior.

Copia sus virtudes. Son sublimes sin comparación y al propio tiempo incomparablemente sencillas. Porque la vida de María ha sido semejante a la tuya y te va a ser fácil comprender o adivinar cómo obraba y cómo hubiera obrado en tu situación.

Como Ella, comienza a estudiar las virtudes que ves en Mí. Contempla luego a tu Madre para ver cómo las

reproduce. De Mí recibirás las lecciones; pero las comprenderás mejor en cuanto tu Madre te las explique.

4.-Sé puro para ser digno hijo de la Virgen de las vírgenes.

Sé humilde y sencillo, olvidándote de ti mismo como de Ella misma se olvidó la esclava del Señor.

Sé recogido en Dios y, a ejemplo de mi Madre, medita cuanto te sea revelado sobre Mí.

Sé firme en tu fe, y a pesar de contrarias apariencias cree, como Ella creyó, en la palabra del Señor.

Sé sumiso a la voluntad divina, y no tengas más respuesta a Dios que esta palabra: «He aquí el hijo de tu esclava, hágase en mí según tu palabra».

Sé lleno de caridad hacia el prójimo, hasta la abnegación, como María lo hizo con Isabel, en Caná y, sobre todo, en el Calvario.

Esfuézate en imitar entre las virtudes de mi Madre aquella de que más carezcas y te sea más necesaria.

5.-Imita no sólo sus virtudes, sino también sus disposiciones hacia los hombres que le estaban más unidos: sus amadísimos padres, Joaquín y Ana; para con Juan, mi discípulo predilecto y mi sustituto junto a Ella; principalmente para con José, su esposo y padre mío virginal, a quien rodeaba de indecible afecto, veneración y agradecimiento por cuanto él era para Mí y para Ella. No serás verdaderamente hijo suyo si no pones empeño en amar y venerar a aquél que le era tan querido.

6.-Imita, ante todo, sus disposiciones hacia Mí.

María no fue creada más que para Mí, no respiró, trabajó ni sufrió sino para Mí.

Junto a Ella aprenderás a no vivir más que para Mí y a sacrificarte por entero por mi causa.

Y lo aprenderás pronto y bien. Porque la contemplación de las disposiciones de mi Madre hacia Mí ejercerá

sobre ti un poder único de atracción y de transformación, poder formado a la vez de fuerza y de delicadeza, de inteligencia y amor, y a la vez de una gracia especialísima.

Al lado de Ella experimentarás, en razón de esa simpatía que existe entre madre e hijo, lo que Ella experimentaba a mi lado. ¿Qué de extraño tiene el que junto a Ella logres fácilmente adquirir mis disposiciones?

7.-En seguimiento de Ella, entrarás todo tú en la intimidad de mi Padre Celestial, que la hizo Hija privilegiada desde su Inmaculada Concepción, y en la intimidad del Espíritu Santo, que la había escogido por Esposa infinitamente amada.

8.-La imitación de mi Madre te inspira además otra disposición: un amor inmenso a las almas. Ella misma te hablará de esto.

EL ALMA FIEL:

¡Oh Jesús, hazme semejante a tu Madre, para que Ella me haga parecido a Ti!

CAPÍTULO VII

Como Yo, confía en mi Madre

JESÚS:

Hermano mío, todo hijo confía en su madre; Yo también me entregué confiado a la mía.

A Ella confié el cuidado de las necesidades de mi cuerpo.

Yo alimento a los pájaros del cielo y visto de esplendor a los lirios del campo; pero quise necesitar los mismos auxilios materiales como todos los otros hijos de

los hombres. Me entregué confiado a mi Madre; Ella me alimentó, me vistió y cuidó de Mí.

Mi vida corría peligro, pero Yo no me turbé: mi Madre me llevó a un país extranjero mientras Yo dormía tranquilo en sus brazos.

2.-Confié en mi Madre para el cumplimiento de mi misión.

Apenas encarnado, quise santificar a mi precursor, manifestarme a los judíos y a los gentiles, al anciano Simeón y a la profetisa Ana: lo dejé al cuidado de mi Madre.

Nuevo Adán, para reparar la primera caída, quise asociar a mi Madre en calidad de nueva Eva, para una cooperación de voluntad, de oración y de sacrificio: Ella lo comprendió perfectamente y consintió con toda generosidad.

3.-Puse mi confianza en Ella en medio de las angustias que me causaba esta misión redentora.

Mi alma estuvo triste más allá de lo que se puede concebir. Triste a la vista del culto tan material, y con frecuencia hipócrita, que se tributa a mi Padre; triste a causa de la incomprensión de las multitudes, de la oposición y mala fe de mis enemigos, de las ideas terrenales y de la inconstancia de mis amigos; triste, sobre todo, a causa de la pérdida de innumerables almas, infinitamente queridas, por las cuales iba a derramar inútilmente mi sangre. Estaba triste, triste hasta la muerte, hasta el punto de pedir a mi Padre que alejase de Mí aquel cáliz.

Pero tenía un consuelo inmenso: mi Madre. *Ella* me comprendía, *Ella* sabía adorar en espíritu y en verdad; *Ella* tomaba parte en mis disgustos y en mis angustias; *Ella* me amaba tanto más cuanto mayor era el odio con que era atacado por los fariseos o la decepción por la cobardía de mis discípulos; *Ella* velaba y rogaba conmigo todo el tiempo de mi vida oculta y mientras duró mi misión pública; *Ella* estaba al pie de la cruz creyendo sin

vacilación cuando en todos los demás tambaleaba la fe; en *Ella* alcanzó el esplendor mi obra redentora; *Ella* fue mi mayor triunfo.

4.-Sígueme y confía en mi Madre. Ten confianza: Ella es todopoderosa. ¿No la he hecho distribuidora de todas las gracias? ¿No puede dar Ella cuanto quiere, a quien quiere y cuando quiere?

Ten confianza: Ella es toda bondad. Habiéndola hecho todopoderosa, ¿podría Yo dejar de hacerla también toda clemente?

Ten confianza: Yo soy su Hijo; ¿qué podría Yo negar a mi Madre?

Ten confianza: tú eres su hijo; ¿niega jamás una madre a su hijo lo que le puede dar?

Ten confianza: tú te has entregado a Ella, ¿podría ser Ella menos generosa que tú?

Ten confianza: cuando Ella te da es a Mí a quien da, porque sabe que Yo vivo en ti y lo que se hace por el menor de mis hermanos, a Mí se me hace. Cuando tú la invocas Ella percibe el gozo de cuidar de Mí, alimentándome, llevándome, arrancándome de los peligros, educándome.

Ten confianza: es mayor su deseo de dar que el tuyo de recibir, porque Ella te ama y me ama en ti más de lo que tú mismo podrías amarte.

Ten confianza: porque desconfiando la afligirías. Sería desconfiar de su amor maternal por ti y por Mí.

5.-Sin embargo, ¿por qué tu confianza no es siempre inquebrantable?

Dices que no mereces que tu Madre te escuche a causa de tu dejadez en su servicio.

Tu negligencia es grande, pero nunca lo será tanto como el amor de tu Madre.

Debes tener confianza, no porque tú seas bueno, sino por ser Ella buena. ¿Dejaría de ser buena porque tú eres malo?

6.-Pero tú vacilas porque no sabes si tu súplica es conforme a los designios de Dios sobre ti.

Escucha, te enseñaré una manera de rezar que está siempre de acuerdo con mis designios y de la que te puedes siempre servir con una confianza inquebrantable.

Ante todo, comprende bien esto:

a) Sobre cada una de tus necesidades, tu Madre tiene intenciones de amor.

b) Sus intenciones están siempre de acuerdo con los designios de Dios y son siempre realizables.

c) Siempre valen sus intenciones más que las tuyas, puesto que María sabe mejor que tú lo que te hace falta, y tiene sobre ti pretensiones y esperanzas mayores que tú mismo.

Por lo tanto, cada vez que experimentes un deseo, ruega a tu Madre que realice sus intenciones respecto de ese deseo; y ten la seguridad, la infalible seguridad de que obtendrás lo que desees o algo mejor; y que lo obtendrás, no en la medida de tus mezquinas concepciones, sino en la medida de su inmenso amor.

EL ALMA FIEL:

¡Será maravilloso vivir así, Jesús! A partir de ahora, para tener una fe que traslade las montañas y verme atendido más allá aún de mis esperanzas, me bastará, en cada necesidad, rogar a mi Madre que haga conmigo lo que su voluntad quiera.

CAPÍTULO VIII

Como Yo, vive en unión con mi Madre

JESÚS:

Hermano mío, me falta todavía revelarte otro rasgo, un rasgo esencial de mi piedad filial hacia mi Madre: mi vida de unión con Ella.

Si no hay cosa más dulce para un hijo que la intimidad con su madre, ¿cuáles no serían las alegrías de mi intimidad con María?

Alegrías de aquellos nueve meses de inefable unión, cuando los dos formábamos un uno, y Ella, mi Madre, tabernáculo vivo, me llevaba siempre en sí; pues Yo, muy al revés de los otros niños, conocí a mi Madre desde el primer momento de mi existencia terrena y desde entonces hubo entre ambos un continuo intercambio de pensamientos y de amor.

Alegrías de aquellos treinta años de intimidad sin comparación, en Belén, en Egipto, en Nazareth, cuando me llevaba en sus brazos, me veía a su lado, conversaba conmigo con palabras o con miradas. ¡Treinta años largos, sólo con Ella y con José!

Alegrías no menos profundas de los tres últimos años de mi vida, cuando en medio de la incompreensión de las multitudes, de la indecisión de mis amigos, del furor de mis enemigos me acordaba de Aquella que en su casita de Nazareth pensaba en Mí, me comprendía, me amaba y ofrecía al Padre incesantes súplicas e inmolaciones por el éxito de mi misión.

2.-Ciertamente que iba a conocer otras alegrías: las alegrías que me proporcionaban la generosidad de mis Apóstoles, la fe y la adhesión de gran número de discípulos y la perspectiva de innumerables almas purísimas, sencillas y generosas, que hasta el fin de los tiempos, creerían en

mi amor y se entregarían por completo a Mí. Pero todas esas otras alegrías juntas no alcanzaron jamás a la menor de las alegrías que encontraba en la unión entre mi Madre y Yo, en esta fusión de nuestras dos almas en una sola.

3.-Hermano mío muy amado, Yo quiero que tú participes de esta unión y así alcances nuestras alegrías.

En María encontrarás, a la par que un consuelo infinito, una gran facilidad para practicar todas las demás manifestaciones de la piedad filial que te he enseñado.

A su lado, te esforzarás como por instinto, en renovar y vivir tu entera consagración a Ella; sentirás crecer de día en día tu amor filial; te será fácil obedecer siempre a su voluntad y hasta a sus menores deseos; adivinarás cuáles son las muestras de veneración más agradables y te pondrás espontáneamente a imitar sus virtudes y todas sus disposiciones; sentirás una invencible confianza en su bondad maternal.

Junto a Ella aprenderás muchas cosas que no te he explicado porque tu corazón las adivinará por sí solo.

4.-Esfuézate, pues, por entrar en seguimiento mío, en la más estrecha intimidad con mi Madre.

Únete a Ella en la oración.

Sé fiel en hacer la diaria renovación de tu consagración a María, en rezar cada día el santo rosario -o cuando menos, una decena- y las oraciones que has resuelto ofrecerle cada día. Y varias veces durante el día, alza tu mirada hacia Aquella que de continuo tiene la vista fija en su hijo.

5.-Pero, al rezarle, acuérdate de que te diriges a Ella en mi nombre; de que Yo soy quien por tu corazón y por tus labios continúa honrando y amando a mi Madre. Sentirás una inmensa diferencia en las disposiciones de confianza y de amor, según hables a María en tu nombre solamente, o lo hagas en nombre mío y con mi Corazón.

6.-Incluso cuando quieras hablar al Padre o al Espíritu Santo o a Mí, empieza uniéndote a tu Madre. Junto a Ella tu recogimiento será más profundo, más firme tu fe, más entera tu confianza y tu amor más ardiente. Porque a las disposiciones de tu pobre corazón vendrán a unirse entonces las disposiciones perfectísimas de tu Madre.

7.-Recorre a María en especial cuando me recibes en el Sacramento de mi amor. Ruégale te dé su fe, su esperanza, su confianza, su caridad. Ruégale que me dé a ti y te transforme en Mí.

8.-Únete a Ella en la acción.

Yo trabajaba por mi Madre y con mi Madre, haz tú lo mismo. Ofrécele cada una de tus ocupaciones. Pero no reduzcas este ofrecimiento a una pura fórmula. No hagas sino lo que Ella quiere, porque Ella lo quiere y como Ella lo quiere.

Ten cuidado, para que tus caprichos, tus tendencias o tus intenciones no vengán a suplantar tu intención inicial. Vigila en especial las ocupaciones que puedan absorberte o perturbarte; renuncia a toda complacencia de ti mismo, para no obrar sino conforme a las intenciones de María.

Aprende a renovar tu ofrecimiento en el curso de tus acciones, aunque sólo sea con una mirada, o con una sencilla palabra: «María».

9.-Únete a Ella en todas las emociones de tu alma.

El corazón de mi Madre y el mío vibraban siempre al unísono: mis alegrías eran sus alegrías; mis tristezas, sus tristezas; mis esperanzas, sus esperanzas; mi amor, su amor.

Comunica a tu Madre todo cuanto te conturba o te conmueve. Ella comprende lo que se agita en el fondo de tu corazón; Ella comprende hasta lo que tú mismo no puedes comprender.

¿Estás triste? Cuéntale tus penas, y te ayudará a sobrellevarlas, o las cambiará en alegrías.

¿Eres feliz? Confíale tu gozo y lo intensificará y purificará.

¿Te abruma el desaliento? Expónle tus temores o tus fracasos, y Ella te alcanzará el verdadero éxito.

¿Te salió bien una empresa? Vete a darle las gracias y pídele que sus frutos permanezcan.

¿No sabes qué partido tomar en tus dudas? Consúltala: Ella te iluminará y te guiará.

¿Te hallas sin fuerzas y sin voluntad? Acude a Ella para renovar tus energías.

10.-Cuéntale no sólo tus emociones profundas, sino hasta tus simples impresiones y las reflexiones que te sugieren tus ocupaciones ordinarias. ¿No hace esto el hijo con su madre?; y ¿no crees que Yo me portaba así cuando estaba junto a Ella?

11.-En estas incesantes relaciones con María no te son precisas muchas palabras. ¡Cuántas veces, los hijos para revelar a sus madres sus sentimientos o necesidades, no se contentan con gritar: «Mamá»! Con mirar a sus madres, éstas comprenden maravillosamente lo que les quieren decir. Mejor que ninguna otra conocía mi Madre lo que Yo quería decirle cuando pronunciaba su nombre y la miraba. Y su mirada respondía a la mía. ¡Qué gozo tan grande para Ella y para Mí!

Cuéntale a María tus necesidades o tus sentimientos; dile tan sólo «¡Madre!» y mírala un instante, poniendo en este nombre cuanto quieras expresarle: un acto de amor, el ofrecimiento de tu trabajo, una llamada de angustia, tu agradecimiento, tu alegría o tu tristeza. Y tu Madre te comprenderá y responderá como Ella sabe hacerlo al llamamiento de su hijo.

EL ALMA FIEL:

¡Oh Jesús!, concédeme vivir contigo junto a mi madre, bajo su mirada, en constante intimidad. Será vivir el cielo en la tierra.

CAPÍTULO IX

Ven a escuchar a tu Madre

JESÚS:

Hermano mío, has empezado a comprender lo que Yo he hecho por mi Madre y lo que, a ejemplo mío, has de hacer tú por Ella. Pero aún no has comprendido del todo lo que Ella ha hecho por Mí y quiere hacer por ti.

Ella me educó como toda verdadera madre educa a su hijo y se asoció a mi misión redentora.

Ella quiere de nuevo educarte y asociarte a su misión corredentora.

Y será Ella misma quien te va a hablar de sus designios. Escúchala con docilidad y obedécela con amor. Como Yo mismo le estaba sumiso con un amor infinito.

EL ALMA FIEL:

¡Oh Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, Creador mío y Hermano mío! ¿Qué te devolveré yo en pago de lo que me has dado? Bien sabes que nada tengo, que nada soy; sólo tengo el pecado. Sin embargo, con tu gracia, puedo darte lo que de mí esperas: quiero ser para la Virgen lo que Tú fuiste para Ella; quiero que puedas continuar amándola en mí y por mí.

Y Tú, ¡oh María, Madre de Dios y Madre mía! Me has escogido como hijo tuyo predilecto. Con tu apoyo seré para ti otro Jesús.

He aquí que me quieres instruir y dirigir. Habla, Madre, que tu hijo te escucha. Mándame lo que quieras y alcánzame la gracia de llevar a cabo lo que me hayas ordenado.

LIBRO TERCERO

TRANSFORMACIÓN EN JESÚS

CAPÍTULO PRIMERO

Mi finalidad: Transformarte en Jesús

MARÍA:

Hijo mío querido, a quien di a luz al alumbrar a Jesús, en ti yo veo a Jesús y te amo con el amor con que amo a Jesús; mi Hijo primogénito te ha enseñado a ser para mí lo que Él mismo fue; yo seré para ti lo que fui para Él.

2.-Como Él, tú te has entregado todo a mí. Pero no quiero guardarte para mí sola. Si te llamé con predilección para ser mi hijo, es por Jesús y por ti, para Jesús en ti y en los demás. No puedes entrever aún cuanto te digo; lo irás comprendiendo poco a poco.

3.-En primer lugar quiero ocuparme de tu educación, como lo hice con mi Jesús. Tú eres mi hijo, porque no formas sino uno con Él; educándote a ti, será también a Él a quien educaré.

4.-Educarte es enseñarte a vivir plenamente de la vida de Jesús, a pensar como Él, a amar como Él, a querer como Él, a cambiarte en Él. Es operar en ti una transformación análoga a la que el sacerdote opera en la Hostia: para los sentidos, la Hostia es siempre pan; pero para la fe, es Jesús. También tú, en el exterior, seguirás siendo tú; pero en el interior serás Él.

5.-Un ideal demasiado sublime para ti, quizá pienses. No te espantes; conozco muy bien al Modelo que hemos de reproducir, y sé cómo moldear a las almas a su semejanza. Todos los santos han llegado a ser santos por mí. Lo que hice por otros, ¿por qué no puedo hacerlo por ti? Déjame obrar a mí. Tú sé dócil.

6.-Te enseñaré muchas prácticas apropiadas que te ayudarán en esta transformación. Aplícate de forma sucesiva: no pases a la siguiente práctica sin haber adquirido el hábito de la anterior. Y nunca abandones una práctica ya adoptada.

EL ALMA FIEL:

¡Madre mía, hacerme santo yo, miserable pecador, tan culpable en el pasado, tan cobarde en el presente, tan inconstante, temo el porvenir!... Pero yo me abandono a ti. Todos los milagros te son posibles, incluso el de hacerme santo a mí, alcánzame la gracia de no resistir jamás a tus deseos.

CAPÍTULO II

Aprende a pensar los pensamientos de Jesús:

1) *En los libros*

MARÍA:

Hijo mío, para aprender a vivir la vida de Jesús, te es preciso primero aprender a pensar los pensamientos de Jesús.

El mundo piensa de una manera, y Jesús de otra, totalmente opuesta. Tu pensamiento a menudo está más cerca del pensamiento del mundo que del de Jesús.

2.-El pensamiento de Jesús está consignado en el Evangelio, y también en los libros escritos por hombres llenos del espíritu del Evangelio. Ahí es donde en primer lugar debes estudiarlo.

Resérvate cada día un tiempo para dedicarlo a una lectura piadosa. ¿No podrías encontrar al menos un cuarto de hora por día, o aunque no sean más que cinco minutos? Bien encuentras tiempo para un montón de diversas ocupaciones mucho menos necesarias.

Pero, por breve que haya de ser, no omitas jamás tu lectura cotidiana.

Determina bien el momento de hacerla, sea al principio, al mediodía o al finalizar tu jornada. Sé puntual para comenzarla en el momento fijado.

3.-Al comenzar la lectura, pídemle que te haga entender lo que Jesús quiere enseñarte, y a medida que leas me vas comunicando las reflexiones que te sugiera.

Mientras lees, piensa que es Jesús quien te habla.

Lee respetuosamente, para honrar la palabra de Jesús.

Lee con lentitud, sin prisa, no por satisfacer tu curiosidad, sino para comprender el espíritu de Jesús y aprender a vivir su vida.

Aplica a tu vida lo que leas, medita en lo que tienes que reformar en tus ideas y en tu conducta, y termina tu lectura con una resolución que me confiarás.

CAPÍTULO III

Aprende a pensar los pensamientos de Jesús

2) En el contacto directo con Él

MARÍA:

Hijo mío: hay otra senda para llegar a pensar los pensamientos de Jesús, una senda rapidísima, muy segura y eficaz: consiste en ponerte en contacto directo con Él.

2.-Contempla a Jesús, con preferencia en el Evangelio.

Escucha sus palabras, mira sus acciones. Pero no te detengas en lo exterior, penetra en su alma y descubre lo que Él pensó, sintió y quiso con sus palabras y sus actos.

Observa, sobre todo, cómo en Él cada palabra, cada gesto, procedía de una disposición de amor. Jesús es algo más que un Maestro que dicta sentencias llenas de sabiduría; es Dios de amor; no has comprendido su doctrina si no has llegado hasta las mismas fuentes de este manantial: el amor infinito del Corazón de Jesús.

3.-De la contemplación de Jesús, vuelve un instante hacia la contemplación de ti mismo. Comprueba cuán lejos estás de pensar, sentir, querer y obrar como Él.

Piensa lo que tienes que hacer, qué obstáculos has de evitar, qué medios debes tomar, qué sacrificios imponerte para conseguir transformarte en Él.

4.-Mientras miras a Jesús y examinas tu conducta a la luz de Jesús, habla con Él.

Háblale como si le vieras. ¿No está en ti? ¿No escucha tu voz como en otro tiempo la de Pedro, la de Magdalena, o la de Juan? ¿No te ama como amaba a sus discípulos, y más aún a ti, que me has sido entregado para ser, como Juan, mi hijo predilecto?

Háblale directamente, sin fórmulas. Dile simplemente lo que piensas, lo que sientes, lo que deseas, como hablarías a un hermano o a un amigo íntimo.

5.-No te olvides de unirme a mí en esta conversación con Jesús. Tú sabes que yo estoy siempre muy cerca de ti y que para encontrar al Hijo es necesario recurrir a la Madre.

Estarás menos recogido, menos familiar, menos amoroso con Él cuando no hayas acudido a mí.

Yo pasé mi vida meditando cuanto oía y veía en mi Hijo. Toda meditación que tú hagas acerca de Él no será sino una repetición de lo que yo medité en otros tiempos. Ven a mi lado y te haré comprender y sentir lo que yo comprendía y sentía al sondear los misterios de Jesús.

6.-No te empeñes en multiplicar los pensamientos; conténtate con creer, amar y rezar.

¡Cree! Si Jesús dijo tal cosa o tal otra, su palabra lo decide todo. Es inútil buscar otros argumentos. Él lo ha dicho, por lo tanto es verdad, verdad infalible: ¡cree!

En torno tuyo afirmarán los hombres lo contrario, cuando menos por su conducta. No importa. Jesús lo dijo: ¡cree! Los hombres pasarán; la verdad del Señor permanece para siempre.

Tu sensibilidad tiende a decantarse hacia los hombres, o por lo menos a permanecer indiferente ante las enseñanzas de Jesús. No importa, no se trata de sentir sino de creer. Jesús lo ha dicho: ¡cree!

Únete a mí y crearás con fe más firme y más pura.

Redobla los actos de fe. Haz muchos, no como para sugestionarte, sino para hacer que penetre la verdad divina hasta el fondo de tu alma y captés bien el alcance de sus consecuencias prácticas.

7.-¡Ama! Ama la verdad porque Jesús la ha amado: ámala porque sólo por amor la enseñó a los hombres.

Sobre todo ama a Jesús y aprende a amarle más y más. Cuanto más le ames, mejor le imitarás y con mayor perfección imitarás las disposiciones de su alma.

Ven a mí y uniré mi amor al tuyo, y los dos juntos amaremos a Jesús con amor incomparablemente fuerte y puro.

8.-¡Reza! Reza a Jesús para que aparte tu incredulidad. Ruégale que trasvase a ti sus pensamientos, sus sentimientos y su querer.

Y pídemle que te revele a Jesús y que te haga vivir su vida.

9.-Entre las disposiciones de Cristo, concéntrate en aquélla que más te falte, o aquélla por la cual sientes un atractivo especial, o aquélla otra que por un acontecimiento reciente, removiendo tu alma, se te ha revelado como una necesidad urgente.

10.-Además del Evangelio, puedes buscar tu inspiración en algún otro libro piadoso, o en el texto de una oración o de un cántico sagrado. Pero esfuérzate por referirlo todo a Jesús. Creer, amar y practicarlo todo por Jesús.

11.-Prepara tu conversación con Jesús, previendo lo que quieres decirle y entrando en un mayor recogimiento.

Comienza invariablemente rogándome te conduzca junto a mi Hijo; ponte en mi presencia, y nos pondremos los dos juntos en la suya.

Termínala con una resolución práctica como pronto te enseñaré.

12.-Durante el día, en tus idas y venidas, en los intervalos de tus ocupaciones, esfuérzate por recordar el pensamiento que más te impresionó en tu conversación con Jesús, y reitéralo con actos de fe y amor.

13.-¿Empiezas a comprender lo importante que es esta práctica para quien quiere aprender a pensar los pensamientos de Jesús?

Si así es, comprenderás también que jamás debes omitir, por ningún motivo, esta diaria conversación con Él.

Fija el momento preciso, el tiempo que vas a dedicarle, y luego, suceda lo que suceda, cumple lo decidido.

Abrévala, si es necesario, pero no la dejes nunca.

No la omitas con el pretexto de que apenas tienes tiempo para rezar tu oración de la mañana o de la noche: es preferible que reduzcas esta oración a la mitad para tener algunos instantes de conversación con Jesús.

No la omitas porque el tiempo de que dispones lo consagras a la recepción de la Sagrada Comunión: comulga, pero haz que tu preparación y tu acción de gracias sean una conversación con Jesús.

No la omitas, pretextando que no tendrías tiempo para hacer la lectura espiritual. Sírvete de ésta como de una preparación para la conversación, pero reserva siempre algunos minutos para el contacto directo con Jesús.

No la omitas a causa de la multiplicidad de tus ocupaciones: cuantas más ocupaciones tengas, mayor es tu necesidad de dominarte y no hay medio mejor de dominarte que dejarte poseer por Dios. Los hombres de trabajo más fecundo son los que más unidos están a Jesús.

No la omitas porque fuiste débil o infiel, y te hallas desprovisto de pensamientos y sentimientos; ¿quién te purificará, quién te curará sino Jesús? Ven conmigo y vamos los dos a su lado.

14.-¿Me has comprendido? O te aplicas con resolución y perseverancia a la práctica que acabo de enseñarte -y entonces me será fácil transformarte en Jesús- o no tienes el coraje de entregarte -y entonces seguirás en la mediocridad, y no podré servirme de ti para la misión que te reservaba.- Debes escoger, hijo mío.

EL ALMA FIEL:

Oh Madre mía, te doy mi palabra de que jamás, bajo pretexto alguno, omitiré mi diaria conversación con Jesús y contigo. Bajo tu dirección quiero aplicarme a estudiar, sin desmayo, cómo es tu Hijo.

CAPÍTULO IV

El gran enemigo de Jesús se halla en ti

MARÍA:

Hijo mío, no es suficiente conocer los pensamientos de Jesús para vivir en seguida su vida. Te es preciso combatir y domar a los enemigos que se oponen a la vida de Jesús en ti.

El más peligroso de todos estos enemigos eres tú mismo.

Tú querrías vivir para Jesús, pero al mismo tiempo seguir las tendencias de tu naturaleza depravada. No te engañes: «Nadie puede servir a dos señores». Mientras te dejes dominar por tus instintos Jesús no podrá reinar en ti.

Debes, pues, declarar a tu naturaleza una guerra sin fin, hasta el momento en que quede enteramente libre para Jesús.

2.-Condición dura, pero condición ineludible.

¡A cuántos de mis hijos he visto, en otro tiempo piadosos, generosos, nacidos para llegar a la santidad y para ejercer en torno suyo una acción de conquista! ¡A cuántos he visto caer en la mediocridad, sin realizar la centésima parte del bien que estaban llamados a hacer, porque no supieron reconocer o combatir su naturaleza corrompida! ¡Otros se han perdido miserablemente, arrastrando en su caída a una multitud de almas!

3.-Aprende a reconocer las tendencias pervertidas de tu naturaleza. Son legión, porque el pecado original, fortalecido por los malos hábitos heredados de tus padres o por ti personalmente contraídos, ha viciado todas las actividades de tu cuerpo y de tu alma.

Con todo, no te asustes de la multitud de tus enemigos. Obedecen a un jefe, y vencido éste, todos ellos quedarán aniquilados o no te opondrán sino débil resistencia. Has de combatir tu vicio, tu defecto dominante. ¿Cuál es?

4.-¿La vanidad? ¿Anhelas con avidez las alabanzas; gozas al recibirlas, aunque no las merezcas? ¿Te entretienes soñando cosas maravillosas, propias para arrancar los aplausos de los hombres?

5.-¿El orgullo? ¿Tienes una alta idea de tu valer y te ocurre alguna vez despreciar a los otros? ¿Los tratas con altanería, dureza o cólera, sobre todo aquellos que no se inclinan ante tu superioridad?

6.-¿La susceptibilidad? ¿Te irritan las censuras reales o supuestas, las faltas de atención, aun involuntarias? ¿Recuerdas fácilmente los descuidos de los demás para contigo? ¿Sabes perdonarles? ¿Estás tentado de abandonar una buena obra porque alguien te ha faltado?

7.-¿La ambición? ¿Buscas sobresalir? ¿Deseas tu gloria o la gloria de Cristo? ¿No sabes servir a una causa si no es como líder y te retiras cuando tendrías que servir como un simple soldado?

8.-¿La envidia? ¿No puedes sufrir el que los demás te excedan, te aventajen? ¿Te alegras de sus fracasos?

9.-¿La inconstancia? ¿Eres juguete de tus impresiones, tan pronto entusiasta y dispuesto a todos los sacrificios

como desalentado hasta el punto de ser indiferente a todo?
¿Te ocurre empezar un montón de cosas y no terminar ninguna?

10.-¿La ligereza? ¿Te dispersas con demasiada facilidad? ¿Te cuesta recogerte en tu interior, y dar a las cosas serias la importancia que merecen?

11.-¿La sensualidad? ¿Reconfortas a tu cuerpo y lo cuidas dándole las satisfacciones que exige en lo relativo al alimento, a la bebida, al descanso, o a otras tendencias más bajas todavía?

12.-¿La pereza? ¿Te espanta el esfuerzo, descuidas tu trabajo; retrocedes ante el menor sacrificio?

13.-¿El egoísmo? ¿No piensas más que en ti? ¿Ignoras que los demás tienen también derechos y que si es preciso has de molestarte tú en lugar de molestarlos a ellos?

14.-Al examinarte descubrirás en ti los indicios de muchas de estas tendencias desordenadas. No cabe duda que tienes en germen todas las malas tendencias, pero no todas son dominantes.

¿Cuál es la que te parece más fuerte y más perniciosa, la que es la causa más corriente de tus disgustos, de tus preocupaciones, de tu mal humor o de tus alegrías?

Cuando te sorprendes soñando, ¿es un pensamiento de vanidad, de venganza o de sensualidad el que te ocupa?

¿De dónde proceden las distracciones que más te agradan y de las que más te cuesta deshacerte?

¿Qué te reprochan tus padres, tus maestros, tus amigos o las personas cuando se irritan contra ti? ¿Cuál es la tendencia con respecto a la cual dirías: Si no fuera por tal o cual defecto, estaría mucho mejor con Dios y con los hombres?

15.-Sé muy sincero en tu examen y reza para lograr la luz de Dios. Porque con harta facilidad uno se engaña en esta materia, tomando por defecto dominante un defecto más visible, pero poco profundo, o un defecto más fácil de arrancar. Porque los hombres están muy encariñados con su defecto dominante: es un compañero con el que han nacido, se han educado y han vivido siempre y que les ha procurado constantes satisfacciones. A veces, hasta lo consideran como su mejor cualidad. No cabe duda de que cada cual se ama mucho a sí mismo; pero hay que tener el coraje de amar a Jesús más que a sí.

Atrévete a reconocer con toda sencillez lo que has de sacrificarle en ti.

No temas; al renunciar a un ídolo vano, poseerás al verdadero Dios; muriendo a tu naturaleza viciada, vivirás la vida de Jesús.

EL ALMA FIEL:

¡Viva Jesús, me cueste lo que me cueste! Es necesario que Él crezca y yo disminuya.

CAPÍTULO V

Revístete de Jesucristo

MARÍA:

Hijo mío: Reconocer a tu gran enemigo es una tarea difícil; mucho más difícil es la lucha para exterminarlo. Tú solo jamás lo lograrás; pero mantente junto a mí y triunfarás.

2.-Comienza por analizar a fondo las diversas manifestaciones de tu tendencia dominante, las variadas formas abiertas o disimuladas; las circunstancias en que más daños te acarrea.

3.-Emprende después contra ella una lucha implacable. En la lucha contra los defectos se puede seguir una doble táctica:

Algunos ponen toda su atención en vigilar las diversas manifestaciones de sus defectos para anotarlas, contarlas y esforzarse cada día por reducir su número.

Es una táctica apta para producir buenos resultados si se sigue con perseverancia.

Pero por sí sola esta práctica tiene el peligro de volverse enojosa y prepara a veces dolorosas sorpresas. Porque después de cesar durante algún tiempo en esta vigilancia incesante contra el defecto a extirpar para dirigir el trabajo espiritual hacia otro punto, se da uno cuenta a menudo de que la antigua tendencia sigue allí, tan viva como antes, aunque aparezca bajo una forma algo diferente. Se cortaron las malas hierbas a medida que brotaban de la tierra, pero como no se arrancaron sus raíces ni la cizaña fue sustituida por plantas útiles, aquellas malas hierbas se las vuelve a ver retoñar tan espesas y abundantes como antes.

4.-Te enseñaré ahora una táctica más fácil y más eficaz, que podrá, si no suplir a la otra táctica, cuando menos completarla.

Estudia en Jesús la virtud directamente opuesta a tu tendencia dominante.

¿Eres orgulloso?; considera su humildad. ¿Eres irascible?; contempla su mansedumbre. ¿Eres egoísta?; admira su voluntad de olvidarse y sacrificarse por los hombres. ¿Eres sensual?; medita su Pasión.

5.-Sírverte de tus conversaciones diarias con Jesús para estudiar en Él la disposición que te falta. Contempla lo que Jesús pensaba, sentía, decía y hacía. Ama esta disposición de tu Modelo; llénate de entusiasmo por ella.

Luego compárala con la tuya.

Pídenos a Jesús y a mí, a los dos, que te transformemos en Él.

Acto seguido, examina cómo, durante todo el día, vas a vivir esta disposición de modelarte en Jesús. Harás dos cosas: 1) recordando tu experiencia de la mañana o del día anterior, puedes prever las ocasiones en que te verás expuesto a dejarte vencer por tu naturaleza viciada; 2) determinarás los momentos para repetir actos de fe e invocaciones, para enraizar en tu alma la disposición de Jesús que quieres adquirir.

Sométeme cada una de tus resoluciones. Concrétalas muy bien, para que no peligren por vagas e ineficaces.

En especial, en tus Comuniones sacramentales y espirituales, ruégale te haga vivir de su vida.

6.-Evoca, durante el día, el recuerdo de Jesús manso, humilde, paciente, según la disposición de su alma que quieres reproducir.

Recuérdalo en especial en aquellos momentos en que tu mala tendencia intente reafirmarse. En lugar de hacer esfuerzos penosos por resistirla, contempla tranquilamente a tu Modelo: «Jesús, ¿qué pensarías, qué harías en mi situación? Ven y hazme vivir tu vida.» Y Jesús mandará a las revueltas olas, y en tu alma se hará una gran bonanza.

7.-A fuerza de contemplar a Jesús y de atraerle hacia ti con tus súplicas, alcanzarás deshacerte poco a poco de aquella tendencia a que tan fuertemente apegado estabas, para no tener más disposiciones que las de Jesús.

Con todo, desconfía de un enemigo que pudiera sorprenderte, cuando te creyeras en perfecta seguridad. Examina de cuando en cuando, aunque no sea más que con un vistazo, si intenta renacer bajo nuevas formas.

8.-Mi Hijo te ha recomendado que imites a tu Madre. Después de contemplar las virtudes de Jesús, contempla las mías. Cuando a propósito de un defecto a desarraigar o de una virtud a adquirir tú te preguntas lo que yo pensaba,

decía o hacía, o lo que yo haría en tu situación, es también a Jesús al que aprendes a conocer y a imitar mejor.

EL ALMA FIEL:

¡Oh María, enséñame a conocer a Jesús, para que viva su vida!

CAPÍTULO VI

Tres medios para el éxito

MARÍA:

Hijo mío, para adelantar más de prisa en el trabajo de transformarte en Jesús, has de proceder con método. Voy a indicarte tres medios muy adecuados para ayudarte en esta tarea.

Revisión diaria.

2.-En primer lugar, resérvate cada día, y preferentemente hacia mediodía, un momento para hacer una breve revisión de tu trabajo espiritual.

Examina lo que has hecho desde el principio de la jornada para vivir la vida de Jesús sobre la disposición que quieres reproducir y lo que te propones hacer hasta el fin del día. Por la noche, antes de acostarte, vuelve de nuevo la mirada sobre el día pasado para ver qué debes evitar mañana o qué puedes mejorar.

3.-Fija tu atención en los dos puntos siguientes:

En primer lugar, como ya te he explicado, pon menor empeño en contar el número de tus faltas que en ver lo que Jesús hubiera pensado, sentido y hecho en tu lugar en las diversas circunstancias en que tu naturaleza viciada ha vuelto a dar señal de vida; y en prever cómo imitarás

sus disposiciones la próxima vez que se presenten las mismas circunstancias.

En segundo lugar, haz de esta revisión un nuevo diálogo con Jesús y conmigo. Así el éxito será más seguro que si hicieras en solitario tu trabajo espiritual. Cuéntanos tus éxitos y tus fracasos, somete a nuestra aprobación tus resoluciones y pídenos ayuda para vivir mejor la vida de Jesús.

Renovaciones espirituales.

4.-Son otro medio para apresurar el trabajo de tu identificación con Jesús.

Busca durante el día un cierto número de breves intervalos, dos o tres por la mañana y otros tantos por la tarde, según tus ocupaciones te lo permitan.

En estos momentos, empezarás poniéndote en contacto íntimo con Jesús y conmigo mediante una Comunión espiritual, o una palabra de amor y de confianza; o bien nos cuentas lo que acaba de apesadumbrarte o regocijarte, o intenta recordar un pensamiento de tu última conversación con Jesús...

Luego repasa lo que has hecho respecto a la imitación de Jesús desde la renovación anterior y prevé lo que has de hacer hasta la renovación siguiente.

Así te mantendrás siempre anhelante en tus esfuerzos espirituales y se irá estrechando más y más tu unión con Jesús y conmigo.

Ejercicios Espirituales.

5.-Finalmente, a intervalos, tendrás que consagrar un tiempo más considerable a los intereses de tu alma.

Esfuérzate por hacer cada año unos días de ejercicios, o por lo menos emplea, durante varios días, todo el tiempo posible en mantenerte en una intimidad más estrecha con Jesús y conmigo. Meditarás de nuevo las enseñanzas que

acabamos de darte, examinarás el porqué no has hecho mayores progresos durante el año que acaba de transcurrir y con qué medios los realizarás para que sean más serios durante el año que va a empezar.

6.-Cada mes, con preferencia el primer sábado o el primer domingo, te recogerás durante una parte del tiempo libre que dispongas, para considerar bajo mi mirada cómo vas en tu trabajo espiritual y tomar las resoluciones más eficaces para el mes siguiente.

7.-Cada semana, en un día determinado, buscarás una hora para revisar, junto a mí, los esfuerzos de la semana transcurrida y para preparar los de la semana siguiente.

8.-Es una sujeción incómoda la fidelidad a estas prácticas. Pero, si amas de verdad, esta sujeción te será fácil y suave, porque te ayudará a acrecentar día a día tu amor.

CAPÍTULO VII

Tres disposiciones esenciales

MARÍA:

Hijo mío, los medios exteriores que te he indicado te servirán en la medida en que añadas a ellos ciertas disposiciones interiores. Unas mismas prácticas llevan a ciertas almas a la santidad y dejan a otras en la medianía. «El Espíritu vivifica». Escucha lo que el Espíritu exige de ti.

2.-En primer lugar abnegación:

Te es necesaria para combatir sin tregua tu defecto dominante.

Te es necesaria para renunciarte en todo a fin de no poner obstáculos a la acción de Jesús en ti.

Te es necesaria para imponerte los esfuerzos precisos para reproducir las disposiciones de Jesús.

3.-Si la piedad filial hacia mí no consistiera más que en invocarme, en cantarme y en regocijarte en mí, apenas te sería necesaria la abnegación para hacer esto.

Pero la piedad filial ha de conducirte a la identificación con Jesús, y este trabajo no puede cumplirse sino al precio de una total renuncia de ti mismo.

No puedes servir a dos señores. El amo o lo será Jesús o lo serás tú. Has de decidirte y escoger.

Yo puedo ayudarte a que renuncies a ti, pero no puedo dispensarte de ello.

4.-En segundo lugar, perseverancia.

Con mayor facilidad encuentro un centenar de almas dispuestas a hacer un sacrificio heroico en un momento de fervor, que una sola capaz de perseverar, día tras día, en los esfuerzos corrientes exigidos para ser fiel a sus resoluciones.

¡Cuántas veces estarás tentado de abandonar esta o aquella práctica que yo te he sugerido! Sé fiel a ella cueste lo que cueste.

Si hoy suprimes una con un pretexto aceptable, mañana la suprimirás con un pretexto cualquiera, y después la suprimirás para siempre sin pretexto alguno.

Abrevia el tiempo si es preciso, pero no la suprimas jamás. El éxito vale este esfuerzo.

5.-Y por encima de todo, generosidad.

Hay dos clases de generosidad.

La primera consiste en dar a Jesús sin vacilar, no sólo todo lo que exige, sino también todo aquello que, sin ser obligatorio, le agrada.

Esta fue la generosidad que tu Madre practicó y la que en menor grado practican todas las almas santas. Te va a ser necesario poner todo tu ser en este empeño.

6.-La segunda consiste en reparar con firmeza tus faltas y negligencias.

¿Has caído casi sin darte cuenta en una falta? Ofrece en compensación un esfuerzo especial que no hubieras realizado de no tener nada que reparar. Y pon en ello tanto amor, que después de tu reparación ames a Jesús tanto o más que si no le hubieras contristado.

7.-La diferencia entre las almas mediocres y las almas santas no consiste en que las primeras cometen faltas y las otras no -a todas se les escapan algunas-, sino en que las primeras se conforman con darse cuenta de sus faltas mientras que las segundas se esfuerzan por amar a Jesús tanto más cuanto menos le amaron antes. Tú, pues, repara como las almas santas.

8.-Repara en especial tus omisiones o negligencias en el coloquio diario con Jesús, en las renovaciones espirituales, en la revisión diaria y en los ejercicios.

9.-Repara cuanto antes. Más vale, en general, una reparación inmediata, aunque breve, que una reparación larga pero dejada para más tarde.

10.-¿Quieres saber cómo te has de comportar en estas reparaciones? Consúltame después de tus faltas y de tus negligencias, y yo te enseñaré cómo transformar cada una de tus faltas en una «dichosa falta».

Si sabes perseverar en esta generosa disposición, yo te prometo que, a pesar de tus pecados, de tus faltas y defectos, de tus tentaciones y de tu debilidad, he de hacer de ti un santo y un apóstol.

EL ALMA FIEL:

Oh María: toda mi actividad, todo mi tiempo, todo mi ser, te pertenecen. Cuando me vea tentado de desánimo

recuérdame mi consagración a ti, y hazme generoso con la generosidad de los santos.

CAPÍTULO VIII

El secreto del éxito

MARÍA:

Hijo mío, las prácticas y disposiciones que te he recomendado lograrán identificarte con Jesús pero con una condición: que las hagas bajo mi dirección.

Jesús te lo ha dicho: es voluntad de Aquél que me ha constituido Madre de su Hijo que nadie alcance una perfecta semejanza con ese Hijo si no es por mí.

2.-Ocurre a veces que se enfría tu ardor: el trabajo espiritual se vuelve más duro, los progresos se hacen más lentos; sobreviene luego la parada y finalmente el retroceso. Intentas reaccionar pero en vano, y te desalientas. ¿A qué causa obedece esta languidez? ¿Qué remedio hay para conjurarla? No lo sabes.

Has de saber que su primera causa es invariablemente una debilitación de tu unión conmigo; y que el primer remedio será siempre el de trabajar con mayor fidelidad bajo mi dirección.

Sin mí, no puedes sobresalir; conmigo no puedes fracasar.

3.-¿Quieres que el éxito corone todos tus esfuerzos? Ven a someterme lo que te propones hacer, tus proyectos, para no obrar nunca sino en mi nombre.

Consúltame cada vez que tomes una resolución. Pregúntame qué es lo que deseo de ti y dime qué es lo que te propones hacer.

4.-Claro que no he de responderte con una revelación. Pero si acudes a mí con plena confianza, con la sincera disposición de realizar lo que te parezca ser mi voluntad, comprenderás con frecuencia si yo apruebo o no tu resolución. Si la apruebo, confía en mí, ponla en mis manos para que yo te ayude a realizarla. Si, por el contrario, yo no lo apruebo, ruega y reflexiona y sométeme una resolución más precisa, que yo pueda aprobar.

5.-Si estás abierto a mi respuesta y no te dejas dominar por tus impulsos naturales, no pasará mucho tiempo sin que notes que al presente adelantas más deprisa en unos días, que antes en varios meses. Y si eres fiel en volverte hacia mí un instante antes de todos tus actos, yo te dirigiré en todo. Y yo no puedo dirigirte más que a un solo fin: Jesús, hacia Jesús convertido en vida de tu vida.

EL ALMA FIEL:

«Oh María, Madre del Buen Consejo, ilumíname, guíame y asísteme ahora y siempre. Amén».

LIBRO CUARTO

MI SOLDADO

CAPÍTULO PRIMERO

Mi misión y tu misión

MARÍA:

Hijo mío, atiende a lo que voy a decirte y esfuérzate por comprender bien su sentido.

Te revelaré un misterio, un secreto que nos concierne a los dos.

2.-Al anunciarme el Ángel Gabriel que el Hijo de Dios deseaba nacer de mí, me anunciaba también que este Hijo de Dios e Hijo mío se llamaría Jesús o Salvador, y yo comprendí que este salvador quería asociarme a su obra redentora. Yo veía que, con mi consentimiento a cooperar a la proposición divina, consentiría en cooperar, al mismo tiempo, al misterio de la Encarnación y al misterio de la Redención.

Y di mi consentimiento.

Desde aquel momento hasta el último suspiro de Jesús, trabajé con Él en el rescate de los hombres: suministrando la substancia de la Víctima y criándola con miras al sacrificio, uniendo mis súplicas y mis sufrimientos a sus súplicas y sus sufrimientos, mi voluntad a su voluntad, y ofreciendo mi Hijo al Padre celestial para la inmolación suprema. Jesús era Redentor: ¡yo fui, con Él, corredentora!

3.-Ahora bien, las vocaciones y los dones de Dios son sin retractación, o sea, son inmutables. La colaboración que presté a mi Hijo en Nazareth y en el Calvario, debo prestársela hasta la consumación de los siglos.

Después de dar a Jesús al mundo entero en el día de la Encarnación, debo dárselo a cada hombre en particular a través de los tiempos. Cooperadora de Jesús en la obra de la Redención, debo seguir siendo su cooperadora en la aplicación de la Redención a cada alma individual. Porque la redención no está terminada, pues la gracia de la salvación, merecida para todos en el Calvario, se ha de aplicar también a cada uno de los hombres a medida que vienen al mundo.

Esta es mi misión hasta el fin de los tiempos. He trabajado con Jesús en el rescate universal de las almas; con Jesús debo trabajar por su conversión y santificación.

4.-¿Podría ser de otro modo?

Al llegar a ser Madre de Jesús me encontré Madre de cuantos han de ser sus hermanos. ¿No debo velar como una verdadera Madre vela y vigila por la vida y la salvación de los que yo engendré?

5.-Ya ves cuál fue la misión apostólica que Dios me confió el día de mi entrada en el cielo. Una misión apostólica universal, como lo fue mi acción corredentora y como lo es mi maternidad espiritual.

6.-Yo soy la Reina de los Apóstoles. Lo soy, no sólo porque velé con afecto maternal por los primeros Apóstoles, o porque consigo la fertilidad para sus sucesores ya que sin mi intervención se verían impotentes para hacer algún bien a las almas, sino porque su apostolado no es más que una participación limitada en el apostolado universal que me fue confiado primeramente a mí.

7.-Este apostolado es una lucha. Debo arrancar las almas, una a una, a Satanás para conducir las a Jesús y al Padre.

En el preciso instante en que el seductor triunfaba sobre nuestros primeros padres, Dios le predijo su derrota:

«Pondré enemistades entre ti y la Mujer, entre tu descendencia y la suya, Ella te aplastará la cabeza».

Yo le aplasté la cabeza desde mi Inmaculada Concepción. Pero aquella victoria no fue sino la primera de una serie infinita de victorias. Hasta el fin de los tiempos he de seguir aplastándole la cabeza. Soy su irreconciliable adversaria, más temible que un ejército en orden de batalla.

8.-En la lucha por las almas le he infligido derrotas desde los primeros tiempos de la Iglesia. Desde aquella época, he deshecho todas las herejías y he tornado al camino de la salvación a innumerables pecadores.

Dios quiso que de siglo en siglo se hiciera más patente mi acción conquistadora, y quiere que en los tiempos actuales estalle ante todas las miradas con una fuerza sin precedentes.

9.-Satanás parece triunfar en el mundo. No temas: a medida que aumenta su poderío Dios quiere que yo más abiertamente le aplaste la cabeza. Me está reservada una inmensa victoria. Mi reino ha de establecerse en el mundo entero para que llegue la plenitud del reino de mi Hijo.

¿No has reflexionado en que desde la proclamación de mi Concepción Inmaculada, el misterio de mi primera victoria sobre el infierno, Jesús es mucho más conocido, amado y servido? ¿Que su persona, su Eucaristía, su Sagrado Corazón, su realeza, están nimbados de un culto ardiente y abnegado, como no hubo igual a lo largo de los siglos? Su reino no tendrá fin, según la predicción que me hizo Gabriel. Pero ahora, lo mismo que entonces, yo soy quien ha de dar al mundo su Rey.

La última edad de la Iglesia será mi edad por excelencia. Se verán maravillas obradas por mí y para mí: Satanás aplastado por el talón de una Mujer, como jamás se le vio; la Iglesia manifestará una fecundidad y un poder de conquista que no conoció antes; Jesús reinará sobre

muchedumbres siempre crecientes y será aclamado por aquellos mismos que le combatían encarnizadamente.

10.-Esta es mi parte en el misterio que quería revelarte.
Y he aquí la tuya:

Dios ha resuelto asociar a los hombres, a algunos en particular, a la ejecución de sus obras de amor. De la fidelidad de estos hombres a su vocación hace depender el éxito de sus obras.

Para continuar en la tierra la misión recibida del Padre, Jesús quiso tener necesidad de sus Apóstoles y de sus sucesores. De igual modo yo tengo necesidad de soldados para cumplir mi misión conquistadora en el mundo.

¿Cuándo se verán las maravillas que he anunciado? Cuando mis hijos comprendan mi misión apostólica y decidan combatir a mi lado y bajo mis órdenes.

11.-Tú has comprendido esta misión. ¿Quieres ser soldado mío? ¿Quieres ayudarme a arrancar a mis hijos de las garras de Satanás para llevarlos a Jesús? ¿Quieres tener parte en la victoria que me está reservada?

En seguimiento de tu divino Modelo, te has dado enteramente a mí. Me has consagrado tu cuerpo, tu alma y toda tu actividad. Ahora que comprendes el uso que yo quiero hacer de tu persona y de tu actividad, ¿quieres renovar tu consagración?

12.-En un principio no veías en la piedad filial para conmigo más que la actitud del niño en las rodillas de su madre. Y he aquí que ahora te llevo a un campo de batalla. Jesús fue Hijo mío en el hogar de Nazareth, pero lo fue igualmente cuando destruía el imperio del príncipe de este mundo y rescataba al género humano. ¿No se hizo Hijo mío justamente para llegar a ser el Salvador de los hombres?

Él te ha llamado a ser todo tú mi hijo predilecto, para que llegues a ser también todo tú salvador de almas. O eres un apóstol o renuncia a ser mi hijo de predilección.

EL ALMA FIEL:

¡Oh María, yo soy todo tuyo, y cuanto me pertenece tuyo es!

Por ti y bajo tus órdenes quiero trabajar, combatir, sufrir y morir. El lema *¡María duce!*(1) será mi acicate.

(1) Bajo la guía de María.

CAPÍTULO II

El fuego sagrado.

MARÍA:

Estás resuelto a ser mi apóstol, pero me preguntas cómo podrás serlo en tu situación. No estando revestido del sacerdocio, no recibiste la misión de predicar.

2.-Mira en torno tuyo. ¿Ves a esos propagadores de doctrinas subversivas que periódicamente aparecen en el mundo y que ganan, en algunos años, millones de adeptos? ¿De qué sacerdocio están revestidos? ¿Quién les ha dado la misión de predicar? Para alcanzar su fin, muchos de ellos han tenido que afrontar burlas, persecuciones, cárceles, a veces hasta la hoguera o el patíbulo. Pero se habían hecho apóstoles apasionados de una idea -de una mentira inventada por Satanás- y triunfaron.

¿Y tú, apóstol de Cristo y de su Madre, tú te preguntas cómo podrás triunfar?

3.-No objetes que estos sembradores del error tenían el trabajo fácil, ya que para lograr la adhesión les bastaba halagar las pasiones. Tú posees medios más eficaces de éxito: para satisfacer las profundas aspiraciones de la humanidad, tienes la doctrina de la Verdad que te hace libre; tienes la felicidad de haber encontrado al Dios verdadero, ese Dios desconocido que la humanidad anhela; tienes, para sostenerte, la omnipotencia del auxilio divino.

4.-¿Tal vez los primeros que predicaron el Evangelio de Cristo a los judíos y paganos halagaban las pasiones de sus oyentes? Al contrario, ¿no prescribían a sus discípulos austeras renunciaciones, con la obligación de estar prontos a padecer las persecuciones, la cárcel, la espada y el fuego? Y, sin embargo, convirtieron con maravillosa rapidez a innumerables muchedumbres. Era que ardía en ellos el fuego sagrado del apostolado.

¡Ah!, si hubiera ardido ese fuego con la misma intensidad en sus sucesores, siglos haría que el nombre de mi Hijo hubiera sido predicado a toda criatura.

5.-Este es el fuego sagrado que debes encender en tu alma. ¿Cómo?

Ven, sígueme al Calvario. Ponte a mi lado frente a Jesús crucificado. Mira su cuerpo estremeciéndose bajo horribles torturas, mira, sobre todo, su alma sometida a una agonía mil veces más horrorosa. ¿Qué es lo que la llena de infinita desolación? Es en gran parte, la visión de los hombres, por quienes derrama su sangre, que no se aprovecharán de su Pasión. No la aprovecharán, porque resistirán a la gracia, es verdad, pero también porque quienes debían proseguir su obra redentora, por cobardía o comodidad rehúsan hacerlo.

6.-¡Escucha a Jesús!: «Mujer, he ahí a tu Hijo; he ahí a tu Madre.» Nos habla a mí y a ti.

Sopesa, hijo mío, la profundidad de mi dolor. ¿Por qué tal martirio? Por los tormentos que torturaban el cuerpo de Jesús y, sobre todo, por la agonía de su alma. Porque a su lado contemplaba yo aquellas muchedumbres de hombres con la perspectiva de verlos condenarse...

7.- «¡Mujer, he ahí a tu hijo!» Ese hijo eres tú, que me ayudarás a salvar a otros hijos, que si no fuera por ti irían a la condenación eterna. Tú, hijo mío, volverás hacia mí esos pobres descarriados. Tú me asistirás en mi misión apostólica y nos consolarás a los dos, a Jesús y a mí.

¿Has comprendido los deseos de Jesús?

¡Ah!, ¡que el espectáculo del Calvario te obsesione y te persiga sin parar! ¡Que el grito de Cristo en su agonía y los gemidos de su Madre resuenen noche y día en tus oídos!... Entonces sabrás ser apóstol.

8.- ¡Atiende un poco más! «Tengo sed, sed en mi cuerpo, sed, sobre todo, en mi corazón, sed de almas. Tú que me has reemplazado junto a mi Madre, ¿me traerás esas almas?...»

EL ALMA FIEL:

¡Oh María! que no olvide jamás mis tres amores: Jesús, María, las almas.

CAPÍTULO III

La oración apostólica

MARÍA:

¿Sabes, hijo mío, que en cualquier situación dispones de un arma apostólica de máxima eficacia, que es la oración?

Tú crees sin dudar que se puede trabajar por la salvación de las almas tanto rezando como predicando. Admites que la oración es un medio que suple o sustituye la acción, en especial para los ancianos, los enfermos, para todos aquellos que no pueden entregarse con celo a obras apostólicas.

¡Qué lejos estás de comprender la eficacia apostólica de la oración!

2.-La oración no es un sustitutivo de la acción directa; es un arma apostólica de eficacia incomparablemente superior a toda actividad exterior.

Jesús predicó durante tres años; antes había rezado durante treinta años, y en el mismo curso de los tres años de su apostolado exterior, no sólo pasaba noches en oración, sino que constantemente, en lo íntimo de su alma, conversaba con el Padre en tanto que sus labios instruían a los hombres.

Con Él he cooperado yo a la redención del mundo. No prediqué, no dirigí la Iglesia, no hice milagros, pero recé y sufrí.

Y como yo, José rezó y sufrió; y sin pronunciar palabra alguna que fuera consignada en libros, hizo por la conversión de los hombres más que Juan, Pedro y Pablo.

Escruta la vida de los apóstoles: todos los grandes convertidores de almas han sido hombres de profunda y larga oración.

3.-¡Ay del apóstol que no reza! Es bronce sonoro, címbalo retumbante, que se cansa y se gasta y, tal vez, se pierde sin hacer bien a las almas. Y si, con todo, su actividad parece producir frutos de salvación, estos frutos se deben a las súplicas de un alma desconocida y abnegada; él no recibirá recompensa alguna.

4.-¿No ves que es imposible que no sea así? Convertir, santificar o salvar un alma es una obra sobrenatural: ¿pue-

de hacerse una obra sobrenatural con medios naturales? Todo lo sobrenatural es fruto de la gracia, y la gracia, fruto de la oración. Cuanto más se reza, más fruto sobrenatural se produce.

5.-Dios quiere las obras allá donde sean posibles, como quiere el signo sensible para producir la gracia sacramental. Pero así como toda el agua del océano es incapaz, por sí sola, de lavar el alma de un niño, así también todas las obras exteriores son impotentes para convertir o santificar a un solo hombre.

La palabra del sacerdote ha de acompañar a la infusión del agua sobre la frente del niño al bautizar; así la oración del apóstol ha de acompañar a su acción exterior.

La oración puede incluso suplir por entero a la acción donde ésta sea imposible, de la misma manera que el bautismo de deseo puede suplir cuando el bautismo de agua es imposible.

6.-¿No es Dios omnipotente? ¿No dispone de una infinidad de medios para hacer llegar a las almas la gracia de la salvación? Él puede dar una eficacia maravillosa a una sencilla palabra, en medio de una súbita desgracia; o de un acontecimiento ordinario, puede hacer encontrar en una palabra leída o escuchada, incluso mal comprendida, aquella lección que ilumina, conmueve y convierte; hasta puede hacer que sus enemigos contribuyan a realizar sus misericordiosos designios. El profeta Balaam fue enviado a maldecir a Israel, y en lugar de maldiciones, solo profirió bendiciones.

En el apostolado la oración es más necesaria que las obras.

7.-¿Has comprendido esta lección?

Si es que sí, esfuérate en ser apóstol más por la oración que por la acción exterior. Reza cada día con la mirada puesta en una intención apostólica.

Cuando quieres ganar un alma, reflexionas en los pasos que has de dar y en las cosas que vas a decir, y haces bien; pero ¿pones aún mayor empeño en rezar? ¿Y esperas el éxito de tu empresa más del Dios a quien rezas que de tu habilidad y de tu poder de persuasión?

8.-Reza, reza y aprende a multiplicar tus oraciones por la conversión y santificación de las almas.

Añade una intención apostólica a todas tus oraciones y comuniones.

Transforma en oraciones tus actos y tus sufrimientos, ofreciéndolos a Dios por medio de mis manos, con el fin particular que quieras, pero que sea conforme a mis intenciones.

A todo ello une el ofrecimiento de cuantas Misas se digan en el mundo entero y de todos los Rosarios que se desgranar en el universo durante el día.

Hazte mendigo de plegarias cerca de religiosos y religiosas contemplativos, y de las almas humildes y confiadas que te pueden socorrer con oraciones. Moviliza en especial a enfermos y a las almas que sufren: sus plegarias e inmolaciones tienen una virtud casi sacramental.

9.-Ruega por tus padres y por tus seres queridos.

Ruega por la Iglesia, por el Papa, por los obispos, por los sacerdotes y por todos los misioneros y apóstoles.

Ruega, en particular, por los que, como tú, se han alistado bajo mi bandera para apresurar la venida del reino de Jesús mediante el advenimiento de mi reino.

Ruega por todos aquellos a quienes has intentado hacer el bien, para que perseveren en el bien.

Ruega por aquellos a quienes debías haber hecho algún bien; que la oración repare tu negligencia.

Ruega por aquellos con quienes has de encontrarte algún día, para que les hagas todo el bien que estás llamado a hacerles.

10.-Antes de la acción ruega para que Dios te dé todo el éxito que anhelas. Ruega cuando la acción se presenta difícil, a fin de que tu oración supla tu impotencia. Ruega cuando te parezca fácil, no sea que, por fiarte de tu habilidad natural, no produzcas ningún fruto sobrenatural.

Durante la acción ruega para que Dios continúe obrando por medio de ti.

Después de la acción ruega para agradecer a Dios si has acertado; rézale también, si crees que has fracasado, porque a pesar de todo debes tener la seguridad de que con cuanta más fuerza ruegues a Dios, mayor será el éxito que, al fin, Él quiera darte.

Reza y no te canses de rezar, y realizarás maravillas por mí y para mí.

EL ALMA FIEL:

¡Enséñame a orar, oh Virgen María!

Tú que hiciste de tu vida una incesante oración por la gloria del Padre, la misión del Hijo y la salvación de tus hijos: ¡Enséñame a orar!

CAPÍTULO IV

El sufrimiento redentor

MARÍA:

Hijo mío, escucha y comprende. Quiero enseñarte una doctrina tanto más difícil de asumir cuanto que tú te imaginas conocerla desde hace mucho tiempo; la doctrina de la salvación por la Cruz.

Cuantos se ocupan del apostolado cristiano saben que el sufrimiento juega un papel primordial en el rescate de las almas, que por su Pasión y muerte salvó Jesús al mundo; que, para ser yo corredentora, tuve que llegar a ser la

Madre de los Dolores; y que todos los grandes apóstoles han pasado por grandes tribulaciones.

Tengo hijos que cuando el sufrimiento viene a visitarlos, ya no se acuerdan de su alcance: se extrañan y se desalientan. Lo mismo que para los judíos, la Cruz es para ellos motivo de escándalo. ¿Creen que es posible participar de la acción redentora de Cristo sin asumir también el dolor de su Pasión redentora?

2.-En cuanto a ti, no temas mirar de frente la cruz que te aguarda.

Debes imponerte duros sacrificios. Trabajar, sufrir, abnegarte, extenuarte en el servicio de las almas. Y no solo unas cuantas horas o unos cuantos días, sino mientras haya almas que salvar; no sólo en los momentos de entusiasmo y de éxito, sino entre dificultades y disgustos.

3.-Tendrás que cargarte de voluntarias inmolaciones. Junto a los duros trabajos de sus tres años de ministerio público, Jesús quiso voluntariamente añadir los tormentos en su Pasión y muerte. El bautismo de sangre fue su deseo, y se ofreció porque quiso. Como Él, deberás ser víctima por las almas que quieres rescatar; por esto, antes de cada acción apostólica, ofrece junto con la oración un sacrificio. Si la obra es particularmente difícil prepárala y acompañañala con inmolaciones especialmente crucificantes.

Cuando no hayas vencido con los medios ordinarios, no digas: «He trabajado, he predicado, he rezado, he hecho todo lo que podía hacer». Mientras tú mismo no te hayas inmolado no tienes derecho a pronunciar estas palabras. Y si te las repites, como un seguro o excusa ante tus fracasos, eres un cobarde y un hipócrita.

4.-Al apóstol que se impone sacrificios generosos, Dios le envía, en recompensa especial pruebas de toda clase: enfermedades, pobreza, contrariedades, sequedad, obscuridad, el sentimiento de no ser más que un obstá-

culo, fracasos debidos a su carácter, a su ignorancia o a sus imprudencias. Y todas estas cruces, solo con que sean aceptadas con fe, humildad y amor, purificada el alma de toda búsqueda de sí misma, mostrando su absoluta impotencia personal y lanzándose a ciegas a los brazos de Dios, dan incomparablemente más fecundidad a sus esfuerzos que todos los que se impone a sí mismo.

5.-¿Estás dispuesto a abrazarte a estas cruces? Creo que sí.

Pero hay otra cruz mucho más difícil de soportar, porque no eres tú quien te la impones, y es además desconcertante.

Tus intenciones serán mal interpretadas, tus proyectos befados, tu actividad, censurada. Los que debieran ayudarte se desentenderán de tus obras, o se empeñarán en destruir lo que tú has intentado edificar; los que debieran alentarte te desautorizarán y entorpecerán tus empresas. Te suscitarán toda clase de obstáculos y proclamarán con regocijo que eran previsibles tus fracasos.

La cruz que tú mismo te escoges la llevas con alegría; la cruz que la enfermedad o la pobreza te imponen, todavía logras llevarla con resignación; pero la cruz que te prepara la ignorancia, la tosquedad o la malicia de los hombres corre el riesgo de que te subleve.

Y, sin embargo, ésta es la que encierra mayor virtud redentora.

6.-Contempla a Jesús. El sufrimiento con que te salvó ¿fue el que Él mismo se impuso? ¿No fue el que le prepararon la ignorancia, la tosquedad y la malicia de los hombres, de aquellos mismos hombres que por sus funciones o por su profesión hubieran debido ayudarle en la obra de la salvación?

7.-No te extrañe que el demonio se empeñe en destruir tus empresas. Al atacar a mis soldados, a mí me ataca.

Mantén intactos tu confianza y tu valor. Así su derrota será más completa: yo le aplastaré la cabeza, y se la aplastaré siempre.

8.-Comprende bien, sin embargo, que el sufrimiento no es liberador por sí mismo: solo tiene valor unido a los dolores de Jesús.

Sucede con tu sufrimiento lo mismo que con tu persona: por ti mismo no eres más que un pobre pecador; unido a Jesucristo, participas de la naturaleza divina. Así también el sufrimiento solo es estéril; mas unido al sufrimiento de Jesús participa de su eficacia divina.

9.-Cuando en tu apostolado te acose el dolor, ven a estrecharte conmigo. Los dos juntos subiremos al Calvario. Allí, junto a la cruz del Redentor, comprenderás el valor infinito de ese sufrimiento que te desconcertaba y te abrumaba.

Incluso el sufrimiento que te prepara la grosería o la malicia humana se te tornará dulce. Ya no verás en la mano de los hombres a los hombres que te lo envían, sino a Jesús y a tu Madre que te invitan a participar de su misión redentora y a las almas que el dolor te permite salvar...

10.-Doctrina muy austera es, hijo mío, la que te predico, pero doctrina de fe, de amor y de victoria.

¿Ha sido excesiva mi confianza en ti al creerte capaz de comprenderla?

EL ALMA FIEL:

Oh Madre, tú conoces mi cobardía y el miedo al sufrimiento; pero también conoces mi deseo de amarte y de asistirte en tu misión.

Cuando la prueba pese sobre mí, tú me sostendrás, y entonces seré capaz de sufrir cuanto quieras, porque tú lo quieres, cueste lo que cueste.

CAPÍTULO V

La predicación por la vida

MARÍA:

Hijo mío, al apostolado indirecto, aunque maravillosamente fecundo de la oración y del sufrimiento, debes unir la acción directa de alma a alma.

Piensas en el apostolado de la palabra. Es importante, pero hay otro que debe precederle, acompañarle y seguirle: el testimonio de la vida.

2.-No necesitarás mucha experiencia para constatar que en ciertas almas la palabra, aun la más elocuente, es ineficaz.

La palabra es fecunda cuando la recibe un alma dispuesta a acogerla. Si cae en suelo pedregoso o entre zarzas y espinas, ¿cómo podría dar fruto? El ejemplo de tu vida es el que dispone a las almas a recibir tu palabra.

Un acto, un gesto, una mirada, una sonrisa, hacen a veces mayor bien que un largo discurso.

3.-Haz que estimen en tu persona la religión que profesas.

Muéstrate siempre digno; vive a fondo el sentimiento de tu grandeza cristiana y la conciencia de Dios presente en ti. Haz que cerca de tu persona los hombres experimenten, como a la vera de un santuario, la impresión de que algo misterioso mora en ti.

Que tu virtud esté por encima de toda sospecha en medio de la universal corrupción.

Sé honrado e íntegro, aunque en torno tuyo todos piensen en enriquecerse a costa del prójimo.

Sé recto y sincero, por más que la mentira y el disimulo hayan devenido en ley casi universal.

Sé concienzudo y fiel a tu deber en medio de los que parecen haber perdido hasta la noción del deber y de la conciencia.

Haz que quienes no compartan tu fe, incluso los que la combaten, se vean obligados a rendirle un homenaje al reconocer la conducta que tu fe te inspira.

4.-Muéstrate tal cual eres, sin ostentación, pero también sin respeto humano.

¿De qué deberías avergonzarte? ¿De poseer la verdad, cuando los demás no reconocen sino el error? ¿De tener el sentimiento de tu propia dignidad, cuando los demás se dejan tiranizar por degradantes pasiones? ¿De ser discípulo de Cristo y soldado de su Madre?

¿Temes no verte apreciado por los que piensan u obran diferente de ti? ¿No has notado cómo los hombres, aun los más perversos, estiman a los que se atreven a tener convicciones personales y a los que no se avergüenzan de conformar su conducta con sus convicciones?

Sé cristiano sin miedo ni tacha y tu conducta será una continua predicación.

5.-Mucho es que tu conducta sea testimonio de la doctrina de Cristo, pero puedes ir a más: hazla amar.

Interésate por los otros; préstales cuantos servicios y favores puedas; escucha sus quejas, alivia su miseria, cura sus llagas, asísteles en su trabajo, sé atento y amable con todos cuantos se acercan a ti; hazte todo para todos y los ganarás a todos para Cristo.

Si se sienten más dichosos gracias a ti, acabarán por amar las ideas que han hecho de ti el manantial de su felicidad.

Haz que cerca de ti comprendan mejor el amor, y comprenderán mejor a Dios aun cuando ignoren su nombre. Porque Dios no es un nombre; Dios es el Amor. Al abrirse al amor se abren a Dios.

6.-Para lograr hacerte todo para todos, no has de considerar en los hombres sus cualidades o defectos, sus virtudes o sus vicios, sus actos buenos o malos; has de ver en ellos el precio de la sangre de Jesús y de mi inmenso dolor. Ámales con el mismo amor con que les aman su Redentor y su Madre, y sabrás ganarlos al amor, y, por el amor, a Dios.

EL ALMA FIEL:

Oh Madre, a muchos de tus hijos he visto cuya vida es una predicación constante. ¡Y yo en cambio ofendo con tanta frecuencia a los que me rodean! Quiero esforzarme de hoy en adelante por predicar yo también contigo a Jesús con mi conducta. Haz que, al verme, se sientan llevados a acercarse a Él.

CAPÍTULO VI

La palabra de salvación

MARÍA:

Hijo mío, aprende a hablar como un apóstol para expandir en torno tuyo el espíritu de Cristo.

No digas: «No encuentro ocasiones». La ocasión existe; hay que descubrirla, y si no existe, debes crearla.

¿Deberé, hijo de la luz, enviarte a tomar lecciones de los hijos de las tinieblas? Ellos saben hallar, en todas partes, ocasiones de sembrar sus doctrinas perversas: en la intimidad de una conversación, en la calle, en el taller, en el viaje, hasta en sus pasatiempos. Lo que ellos hacen para perder las almas, ¿no puedes hacerlo tú para salvarlas?

Toma nota: si te crees impotente, lo que te falta no son las ocasiones, sino el fuego sagrado del apostolado.

Ven al Calvario, prende fuego, incendia de nuevo tu alma y encontrarás ocasiones de propagarlo.

2.-Para hablar como un apóstol no es necesario predicar.

Habla en toda oportunidad según tus convicciones cristianas: ante cualquier acontecimiento, cobra los pensamientos de Cristo, sin temor a expresarlos.

No discutas, jamás humilles. Expón sencillamente tus ideas.

La verdad es atractiva por sí misma porque es liberadora. De por sí es conquistadora, porque su esplendor solicita la adhesión.

No creas que sean precisos largos discursos; una corta explicación, un consejo discreto, una sola reflexión, a veces una simple exclamación, pueden bastar para encender la luz en un alma sincera.

3.-Tu persona, tu vida deben persuadir más que tus argumentos. No lo olvides.

Habla humildemente, pero con coraje; tú posees la verdad infalible.

Haz que te vean muy convencido de lo que dices; se te creerá con facilidad si conformas siempre tu conducta a tus palabras.

Haz que te vean preocupado, no por lograr una victoria, sino por hacer el bien a quienes te escuchan.

Instrúyete sin cesar en la doctrina de Cristo para poder vivirla mejor y dar mejor testimonio de ella.

Solo mediante un largo aprendizaje lograrás habilidad en la expresión de la palabra apostólica.

Antes de cada diálogo, pídemelo que te inspire lo que has de decir.

Después de la conversación examina a mi lado si has logrado que alguien sea mejor o más feliz, y mira cómo podrás alcanzar mayor éxito otra vez.

Cuanto más te esfuerces en dejarte dirigir por mí en este aprendizaje, más rápidos y perfectos serán tus progresos: si llegas a ser apóstol, será por mí y para mí.

EL ALMA FIEL:

Oh Virgen María, confieso que muy poco empeño he puesto en propagar la doctrina de tu Hijo, porque en mis relaciones con los hombres me preocupaba tan sólo de mí mismo. En adelante pensaré en Jesús y en las almas. Te invocaré antes de hablar, y tú me dictarás lo que deba decir.

CAPÍTULO VII

La fuerza en la unión

MARÍA:

Hijo mío, no seas un solitario. Asóciate con los que tienen tus mismas aspiraciones apostólicas.

Por querer encerrar en el fondo de tu alma el fuego sagrado del apostolado, lo ahogarás.

Hablando con otros de vuestras comunes ideas y aspiraciones, las volverás más ardorosas en ti mismo y en ellos.

La unión inflamará vuestro celo común: le dará una fuerza incomparable.

Cuando trabajes con otro no serás dos veces sino diez veces más fuerte. Y cuando seáis un batallón bien unido, avanzando bajo mi bandera, seréis invencibles.

2.-¿Dónde encontrarás esos compañeros de armas animados de tu mismo ideal?

Busca y hallarás.

Tal vez los haya en torno tuyo, dispuestos a acogerte en sus filas; únete a ellos.

Si te es posible, alístate en una de mis Asociaciones. No vaciles. En los siglos pasados, todas las que comprendieron que eran una milicia que avanza en nombre de la Mujer que ha de aplastar la cabeza de la serpiente, obtuvieron brillantes victorias. Y en lo venidero, les están

reservadas más brillantes victorias a medida que tomen más conciencia de mi misión y de la suya.

Tal vez no encuentres a tu alrededor más que individuos aislados. Descubre entre ellos los que son capaces de comprenderte.

Ocurre con frecuencia que se hallan en un mismo ambiente almas con las mismas tendencias, pero que cada una se cree sola en su especie. Cuando al cabo de meses, y quizá de años, el azar de una conversación les ha revelado una a otra, quedan admiradas por haberse tenido tanto tiempo por extrañas siendo hermanas.

Intenta hablar con los otros de lo que te interesa y verás cómo tus confidencias provocan respuesta.

3.-Tal vez no encuentres en seguida quienes quieran compartir tu ideal. Tus mejores colaboradores no serán siempre los que primero y con mayor entusiasmo hayan respondido a tus propuestas: el sentido común, la voluntad, la generosidad, la capacidad de abnegación valen más que el súbito entusiasmo.

No digas: «Aquí no hay nada que hacer; todos los que me rodean son igualmente indiferentes.» Hay noblezas que se ocultan; hay generosidades que se ignoran. A ti te corresponde darles conciencia de su valer. Sentirán un gozo inmenso al comprobar que se despiertan en el fondo de su alma aspiraciones a la perfección y al sacrificio por una gran causa.

4.-Quizá los hombres que profesan doctrinas más opuestas a las tuyas lleguen a ser tus compañeros de armas más aptos. Saulo, el perseguidor, ¿no fue transformado en el gran apóstol de Cristo? Examina no tanto las palabras y los gestos de los hombres sino la disposición íntima que los provoca: Un alma de incrédulo sincera, generosa y ardiente está más hecha para combatir contigo los mismos combates, que un alma de cristiano sin energía ni espíritu de sacrificio.

5.-Quizá te cansarás mucho de tanto buscar, de esforzarte en vano, y de sufrir incontables decepciones. No dejes abatirte. Cristo tiene sus escogidos en todos los medios: busca hasta encontrarlos.

6.-Al principio no seréis más que un pequeño batallón. Poco importa si estáis unidos. En ningún sitio son las mayorías las que triunfan, sino las minorías decididas, activas, bien organizadas y disciplinadas.

Con una doctrina infalible y maravillosamente fecunda, con una virtud y un poder de sacrificio sin igual, con un ideal sublime, y con la ayuda omnipotente del cielo los católicos de casi todos los países tendrían de sobra para vencer, si supieran unirse. Pero no saben hacerlo, y por eso en casi todos los países son derrotados.

Los enemigos de mi Hijo están divididos en todos los puntos doctrinales; sólo se unen para atacar a la Iglesia. Los verdaderos católicos están unidos en la doctrina, pero se dejan dividir en la defensa de la Iglesia.

Cuando Satanás halla cristianos demasiado deseosos de servir a Dios para dejarse tentar contra la fe o la virtud, les inspira métodos de apostolado diferentes, y entonces, en vez de combatirlo, se pelean entre ellos.

¿No has visto nunca que en las guerras entre naciones los ejércitos victoriosos son aquellos en que soldados y oficiales sacrifican sus miras personales para ejecutar fielmente un plan de conjunto que quizás no sea el más perfecto en sí mismo? ¿Y que en la conquista de la Iglesia han sido los religiosos los que más éxito han logrado por su voto de obediencia que les permite seguir con perfecta solicitud las directrices de sus superiores?

7.-Cualesquiera que sean las preferencias personales has de comprender que más vale un bien pequeño pero efectivo que un bien mayor no realizado; que la fuerza está en la unión, y la unión en la abnegación; y que se ha

de preferir el triunfo de la causa común al triunfo de las propias ideas.

¡Medita esta doctrina, vívela y predícala!

EL ALMA FIEL:

Te prometo, Madre, que quiero emplear mi vida en aumentar tu ejército. En mantenerlo unido, fuerte y entusiasta.

CAPÍTULO VIII

«Los que me enseñan...»

MARÍA:

Hijo mío, Jesús te ha conducido a mí para que, siendo mi hijo predilecto, alcances a ser también mi apóstol. Todo cuanto emprendas bajo mi dirección, Él lo bendecirá. Pero Jesús no quiere que sólo obres en mi nombre, sino que prediques mi nombre. Y siempre que lo hagas, vinculará a tu apostolado una gracia y una potencia especialísimas.

2.- Ser apóstol es llevar las almas a Cristo. Yo soy quien ha dado Cristo al mundo. Si quieres llevar con mayor rapidez las almas a Cristo indícales con precisión el camino a seguir. Si quieres dar a Cristo con toda plenitud, has de mostrarles la Mujer cuya misión es dárselo.

Recuerda tu propia experiencia: a pesar de tus propias infidelidades a la gracia, ¿no has constatado en ti una admirable transformación desde que Jesús te ha revelado el misterio de su amor filial? Has hallado la luz: no la metas bajo el celemín, hazla brillar ante los hombres. El secreto de tu vida interior será también el secreto de tu vida apostólica. Cuanto más abiertamente me hagas intervenir en tu acción exterior, mayores progresos realizarás.

3.- Es Jesús quien lo ha querido así. Él podía darse a los hombres directamente y decidió no entregarse a ellos sino por mí. En la predicción del Paraíso, en los anuncios de los profetas, ante su Precursor, junto a los apóstoles de Belén, los Magos y Simeón y Ana; en Caná, en el Calvario, quiso manifestarme a los hombres al mismo tiempo que Él se daba a conocer.

Y por medio de la Iglesia, su Cuerpo místico animado de su Espíritu, no cesa de predicarme; y de enseñar que el camino natural para hallarle es por su Madre.

Jesús te ha enseñado a imitar su piedad filial. Imítalo también en este punto de revelarlo a los hombres, mostrándome a mí.

4.- Ya te he explicado cómo Jesús en los tiempos nuevos, quiere glorificar mi nombre y santificar y salvar a las almas por medio de mi culto. Es necesario que me conozcan más, mucho más.

En la gran victoria que me está reservada, tendrán parte especial los que me manifiesten a los hombres. Jesús espera de ti que trabajes cuanto puedas en darme a conocer.

5.-Y yo también lo espero.

¡Son tantos los hijos que no conocen a su Madre o que la conocen muy poco! Revelarme a ellos es tu misión para que pueda abrazarlos como hijos queridísimos. Tú has de traérmelos para que pueda formarlos, como a ti, a imagen de mi Hijo primogénito.

6.-Para darme a conocer y amar hay un método que no falla: llénate de un amor ardiente por mí y por las almas, y sabrás cómo predicarme.

Ante todo, haz que se sepa que estás particularmente consagrado a mi servicio. No te dé miedo que te vean llevando mi rosario o mi medalla, o tomar parte en una manifestación pública en mi honor. Si al mismo tiempo

te muestras cristiano sin temor ni tacha, tu conducta será mi testimonio.

7.-Después, según las circunstancias, deja escapar unas palabras que revelen tus convicciones y tus experiencias relativas a la vida de unión conmigo.

En las conversaciones íntimas, en la correspondencia, ¿no puedes deslizar una mención de mi nombre?

A las almas que lloran, ¿no puedes mostrarles la imagen de la Consoladora de los afligidos?

A las almas que luchan por conservar o recobrar su virtud, ¿no puedes recomendarles que recurran a Aquella que, toda pureza, ha recibido de su Hijo la misión de hacer puros a cuantos la invocan?

A las almas que aspiran a la intimidad con Jesús, ¿no les puedes dejar entrever cómo has llegado tú mismo a una unión más estrecha con Él?

A las almas enamoradas del apostolado, ¿no puedes explicarles la misión conquistadora que Dios me ha confiado y la maravillosa fecundidad que asegurarán para sus esfuerzos si luchan en mi nombre y bajo mis órdenes?

Y si algún día te es dado darme a conocer por la palabra pública o por la pluma, apresúrate a aprovechar esta gracia: tu palabra será portadora de un mensaje de confianza, de amor y de salvación a todas las almas de buena voluntad a quienes llegue y, por ellas, tal vez a millares de otras.

«Los que me expandan tendrán la vida eterna» y la propagarán en torno suyo.

EL ALMA FIEL:

«Oh bienaventurada Virgen, hazme digno de alabarte. Fortaléceme contra tus enemigos».

CAPÍTULO IX

«En tu Nombre, echaré la red»

MARÍA:

Ya empiezas a comprender por qué medios puedes ejercer tu apostolado, pero no comprendes aún la confianza que debe animarte.

Al considerar tu debilidad y las dificultades del trabajo que se te ha confiado, dudas a veces sobre lo que tú puedes hacer. ¿Qué puedes hacer? Nada por ti mismo. Maravillas si te apoyas en Mí.

¿No fue porque el Todopoderoso miró la nada de su sierva por lo que hizo grandes cosas por Ella? ¿No recuerdas haber leído que «Aquellos a quienes el mundo tiene por ignorantes Dios los ha escogido para confundir a los sabios; quienes el mundo tiene por nada son los escogidos por Dios para confundir a los fuertes»?

2.-Escucha y medita. Quiero enseñarte dos verdades capaces de darte una fe invencible en el éxito de tu misión, una fe capaz de transportar las montañas.

Primero, comprende que tu apostolado es mi apostolado, y tus intereses, mis intereses.

Fue a mí y no a ti a quien confió Dios la misión de aplastar la cabeza de la serpiente y de establecer en el mundo el reinado de mi Hijo; tú no haces más que participar en mi misión. El guía de los ejércitos de Cristo soy yo; tú no eres más que mi soldado. Son hijos míos y no tuyos, a quienes trato de salvar. ¿Una madre no desea incomparablemente más que un extraño la salvación de su hijos? ¿No desea la victoria el general más que el simple soldado? ¿Los intereses de Jesús no me son infinitamente más queridos a mí que a ti?

Aun cuando tú permanecieras indiferente a tus propios éxitos, yo no podría estarlo; porque lo que está en juego es Jesús, son mis hijos.

Pues bien, yo soy omnipotente con la omnipotencia de Dios, y comunico esta omnipotencia a los que trabajan en mi nombre.

3.-En segundo lugar, recuerda y aplica a tu apostolado lo que Jesús te enseñó referente a la ilimitada confianza que has de tener en tus oraciones.

He puesto una intención de amor en cada una de tus empresas apostólicas.

Y esta intención supera siempre en perfección a la que tú pudieras concebir; porque yo te amo más de lo que tú puedas amarte, y amo a Jesús y a las almas más de lo que tú puedas amarles.

Y esta intención es perfectamente realizable siempre.

Y se realizará infaliblemente en la medida en que tú obres en mi nombre.

Por lo tanto, cualesquiera que sean los obstáculos, puedes siempre triunfar mucho más allá de tus previsiones, con tal de que obres en mi nombre.

4.-Para lograr estos éxitos maravillosos, no basta trabajar mucho; has de trabajar *en mi nombre*.

En vano los apóstoles habían trabajado toda la noche. Estaban rendidos, pero apenas dijo Pedro a Jesús: «En vuestro nombre echaré las redes», lograron una pesca milagrosa.

¡Cuántas veces tú también te has cansado en vano! ¡Y es que no me habías dicho al principio : «En tu nombre»!

Trabajar en mi nombre es trabajar según mis intenciones y con conciencia de participar de mi misión y de mi omnipotencia.

5.-Ofrece a Jesús, por mis manos, tus oraciones y tus sufrimientos para que mis intenciones sobre tu apostolado se realicen.

Invócame antes de empezar nada y considera cuales deben ser mis intenciones, para obrar como adecuado instrumento mío.

Entrégate con plena confianza en el éxito, porque yo soy quien trabaja contigo.

Vela para que tus miras no suplanten a las mías.

¡Cuántas veces, al empezar, te propones obrar sólo por mí, y muy pronto te dejas guiar por tus tendencias personales!

No tienes garantizado el éxito si no es a condición de perseverar en la disposición de obrar según mis intenciones. En medio de la tempestad, Pedro había comenzado por creer en Jesús que le mandaba llegarse a Él, y anduvo sobre las aguas. Pero poco después pensó en las olas y en sí mismo y se hundió. Muchas veces tú has empezado por hacer maravillas que han terminado en fracasos; perdiste la conciencia de que solo eras instrumento mío.

6.-No puedes estar pensando continuamente en mí. Es cierto, pero puedes dejarte guiar de continuo por mi espíritu. Puedes alcanzar tal disposición de alma, que si te preguntaran: «¿En nombre de quién obras?», pudieras contestar: «En nombre de mi Madre».

No alcanzarás esta disposición sino tras muchos esfuerzos. Renueva, al menos de cuando en cuando, tu intención, y rectifícala en cuanto te des cuenta de que tus miras han suplantado a las mías.

7.-Después de la acción, si has triunfado, da gracias a Dios.

Si has fracasado, examínate: o no has obrado en mi nombre, y entonces el fracaso es real; o te has esforzado en conformarte con mis intenciones y apoyarte en mí, y entonces el éxito no está más que demorado; en la hora

marcada por Dios sobrevendrá un éxito tanto mayor cuanto más esfuerzos te haya costado y exigido mayor confianza; Cristo se verá glorificado, tu Madre, honrada y las almas serán salvadas.

Sin mí no puedes triunfar; conmigo no puedes fracasar.

EL ALMA FIEL:

Oh Madre mía, creo en ti y en la misión que tu Hijo te ha confiado. Creo que apoyándome en ti, seré como tú, todopoderoso.

Hazme fracasar visiblemente cada vez que obre en mi nombre, para esforzarme a no obrar sino en el tuyo.

Así te ayudaré eficazmente a llevar multitudes de almas a Jesús y realizaré con toda verdad la oración que me complazco en repetir a cada hora del día y cada vez que de noche me despierto: «El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean glorificados en todas partes por la Inmaculada Virgen María».

TU IDEAL

JESÚS:

Hermano mío, ¿comprendes el don que Yo te he dado al revelarte el misterio de mi amor filial a mi Madre? Cuando te llamé para entregarte todo a Ella, siguiendo mi ejemplo, tú no veías en mi llamamiento más que una invitación a amarle un poco más que antes. Después has ido aprendiendo que imitar mi piedad filial a Ella, es llegar a ser santo y apóstol bajo su dirección, transfórmate en Mí, Hijo de Dios, hecho Hijo de María para la salvación del mundo.

EL ALMA FIEL:

¡Oh Jesús, Dios mío y Hermano mío!

¡Oh María, Madre de Dios y Madre mía!

Renuevo mi donación a Vos sin reservas y sin retorno, con una visión más clara de vuestros designios sobre mí y con una determinación más firme de realizarlos me cueste lo que me cueste.

¡Oh Jesús, dame la gracia de amar a tu Madre, y de hacerla amar siempre con el mismo amor con que la amas Tú!

Y Tú, oh María, alcánzame la gracia de amar a Jesús y al hacerlo, amar a todos los hombres, como tú le amas.

APÉNDICE

Consagración a María

La consagración total a María constituye un elemento esencial de la devoción filial y apostólica, participación de la devoción filial de Jesús hacia su Madre, aprendida en estas páginas... Por tanto, conviene mucho que esta consagración sea todo un acontecimiento que forme época en la existencia de cada consagrado y sea el punto de partida de una vida nueva.

Sería bueno escoger una fiesta de la Santísima Virgen María o de Nuestro Señor para pronunciar nuestra consagración y prepararla durante un mes con especial cuidado.

En la fiesta escogida se leerá meditándolo el siguiente acto de consagración a María, durante la Sagrada Comunión o en otro momento apropiado.

Esta consagración supone una donación perpetua. Para asegurarla y que no quede en una promesa pronunciada en un momento de fervor, sino en una decisión verdaderamente irrevocable de la voluntad, algunos hijos de María se obligan con voto. Los marianistas emiten un voto especial de estabilidad o de perseverancia en el ser-

vicio de María, voto reconocido por la Santa Sede como un cuarto voto de religión.

Los que no pertenezcan a la Sociedad de María, después de pronunciada la consagración, pueden prohibirse, con voto, el retractarse de su donación a María. Pueden imponerse una obligación particular, por ejemplo consagrar su cuerpo a María con el voto de castidad, o en no hacer uso de sus bienes si no es conforme a las intenciones de María o uncir su voluntad a lo que ellos sepan con certeza que es la voluntad de María. Algunos llegan incluso a comprometerse a no negar nunca a la Virgen Santísima aquellas cosas que, con evidencia, Ella desea. Pero antes de imponerse una práctica con voto, es aconsejable el compromiso durante un cierto tiempo, y consultar al confesor o director espiritual.

Acto de consagración

Oh María, Virgen Inmaculada, yo creo que el Hijo de Dios te ha escogido para ser su verdadera Madre.

Creo que, siendo tu Hijo, te ha amado y te ama más que a todas las demás criaturas, y que practicó con infinita perfección, todos los deberes de su piedad filial.

Creo que se dignó asociarte a su misión redentora; que, por voluntad suya, ningún alma, culpable o inocente, se santificará y salvará sino por tu mediación, ni llegará a Él sino por ti.

Creo que, siendo su Madre, eres también Madre mía: porque al concebirle en Nazareth, me concebiste con Él; al sacrificarle en el Calvario, me engendraste a la vida; asociada a Él en la distribución de todas las gracias, continúas alimentándome como a otro Jesús.

Creo que Jesús desea que imite su ejemplo y me esfuerce en ser para ti lo que Él mismo fue y será para siempre.

Me entrego y me consagro a ti para ser hijo tuyo como Hijo tuyo quiso ser Jesús.

Te entrego mi cuerpo y mi alma, cuanto tengo, cuanto soy y cuanto hago o pueda hacer.

Me entrego sin reserva y para siempre, en el tiempo que me quede de vida y para toda la eternidad. Me entrego para que tú puedas disponer de mí a tu agrado, exigirme todas las abnegaciones, imponerme todos los sacrificios, tanto los que yo preveo como los que no puedo prever, los que me serán suaves como aquéllos contra los que se rebelará mi naturaleza: nada temo, sé a quién me entrego.

A ejemplo de tu Hijo, quiero amarte con todas las potencias de mi ser; quiero honrarte, obedecerte, imitarte, abandonarme en ti, estar constantemente unido a ti, reproducir, con toda la perfección que me sea posible, todas las disposiciones de su piedad filial, y bajo tu dirección llegar a ser otro Jesús para ti. Quiero en particular asistirte en tu misión providencial. Quiero ser tu apóstol, tu soldado en la lucha contra Satanás. Quiero combatir en tu nombre para arrebatarse las almas de tus hijos. Quiero luchar para la gloria de tu nombre, hacerte conocer, amar y servir, convencido de que revelarte a los hombres es el medio más eficaz de revelarles a Jesús.

Yo no soy más que un pobre pecador, tú lo sabes, lleno de defectos, débil e inconstante, más aún de lo que yo mismo creo. Pero confío en ti. No trabajaré en mi nombre. Seré omnipotente porque tú eres omnipotente con la omnipotencia de Dios tu Hijo, porque mis intereses son los tuyos, y mi causa es tu causa. Lucharé a tus órdenes y me darás la victoria.

Oh María, Madre de Jesús y Madre mía, por la gloria de la Santísima Trinidad, por tu honor y por la salvación de mi alma y de las almas, acepta la ofrenda que te hago de todo mi ser, y alcánzame la gracia de mantenerme fiel hasta el día de mi muerte. Así sea.

Acto breve de consagración

Oh María, Madre de Jesús y Madre mía, me entrego por entero a ti con el fin de imitar con la mayor perfección posible la piedad filial de tu divino Hijo y de luchar a tus órdenes por la conquista de las almas. Así sea.

Acto de consagración colectivo

¡Soberana del cielo y de la tierra! Postrados al pie de tu trono y cautivos nuestros corazones por el amor y el respeto, te ofrecemos el homenaje de nuestro servicio y alabanza, nos consagramos a tu culto y abrazamos con entusiasmo una forma de vida en que todo se hace bajo tu protección, y nos obligamos cada uno a alabarte, servirte, publicar tus grandezas y defender tu Concepción Inmaculada. Que nuestro celo pueda compensarte de los atentados de la herejía, de los ultrajes de la incredulidad, de la indiferencia y olvido de la mayor parte de los hombres.

Madre del Redentor, dispensadora de todas las gracias, ensancha el imperio de la Religión en las almas, destierra el error, conserva y aumenta la fe en este país, -protege la inocencia, presérvala de los peligros del mundo y de los engañosos atractivos del pecado; y, sensible a nuestras necesidades, atenta a nuestras súplicas, alcánzanos la caridad que anima a los justos, las virtudes que los santifican y la gloria que los corona. Así sea.

Oración a las tres de la tarde

¡Oh divino Jesús!, nos trasladamos en espíritu al monte Calvario para pedirte perdón por nuestros pecados, que son la causa de tu muerte.

Te damos gracias, Señor, por haber pensado en nosotros en aquel momento solemne, y habernos constituido hijos de tu misma Madre.

Virgen santa, muestra que eres nuestra Madre, y acogenos bajo tu especial protección.

San Juan, sé nuestro patrono y nuestro modelo, y alcánzanos la gracia de imitar tu piedad filial hacia María nuestra Madre. Amén.

¡El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sean glorificados en todas partes por la Inmaculada Virgen María!

Oración a Jesús para pedirle su piedad filial hacia María

Oh buen Jesús, por el amor con que amas a tu Madre, te ruego me otorgues que la ame verdaderamente, como Tú la amas y quieres que se la ame.

Que toda la tierra sea,
por la Virgen María,
Gloria de Dios

ÍNDICE GENERAL

EL IDEAL	5
CAPÍTULO PRIMERO.....	5
CAPÍTULO II.....	6
CAPÍTULO III.....	7
CAPÍTULO IV.....	10
CAPÍTULO V.....	14
LAS EXIGENCIAS DEL IDEAL	16
CAPÍTULO I.....	16
CAPÍTULO II.....	19
CAPÍTULO III.....	22
CAPÍTULO IV.....	24
CAPÍTULO VI.....	29
CAPÍTULO VII.....	31
CAPÍTULO VIII.....	35
CAPÍTULO IX.....	39
TRANSFORMACIÓN EN JESÚS	41
CAPÍTULO PRIMERO.....	41
CAPÍTULO II.....	42
CAPÍTULO III.....	44
CAPÍTULO IV.....	48
CAPÍTULO V.....	51
CAPÍTULO VI.....	54
CAPÍTULO VII.....	56
CAPÍTULO VIII.....	59
MI SOLDADO.....	61
CAPÍTULO PRIMERO	65
CAPÍTULO II.....	67
CAPÍTULO III.....	71
CAPÍTULO IV.....	75
CAPÍTULO V.....	77
CAPÍTULO VI.....	79
CAPÍTULO VII.....	78
CAPÍTULO VIII.....	82
CAPÍTULO IX.....	85
TU IDEAL.....	88
APÉNDICE.....	89

NOTICIAS CRISTIANAS

Ctra. de Vallvidrera al Tibidabo 106 08035 - Barcelona

Tel.: 93 434 26 00 www.noticiascristianas.es